TINA ROSENBERG

ASTIZ
La estirpe de Caín

PROLOGO: HORACIO VERBITSKY

DOCUMENTOS
Página/12

LA ESTIRPE DE CAÍN

TINA ROSENBERG

PROLOGO

de
Horacio Verbitsky

Tina Rosenberg es una de las mejores periodistas norteamericanas, autora de libros de investigación que no se quedan en la superficie y tratan de llegar al corazón de los hechos. Así ocurrió con Children of Cain. Violence and the violent in Latin America, sobre la sociedad, la guerrilla y la represión en las décadas de plomo, y con The Haunted Land, acerca del postcomunismo en Europa Oriental, que el año pasado obtuvo tanto el Premio Nacional del Libro de los Estados Unidos como el Pullitzer. Lamentablemente ninguno de ellos ha sido traducido al castellano, omisión que Página/12 comienza a salvar parcialmente hoy, con la publicación del capítulo de Los Hijos de Caín dedicado a Alfredo Astiz y a la Escuela de Mecánica de la Armada. Su actualidad no requiere mayor explicación.

Cuando se lo propuse, me pregunto qué podría agregar su trabajo, publicado en 1991, es decir antes de las confesiones de Pernías y Rolón, de Scilingo y de Astiz, a todo lo que ya saben los argentinos acerca de la guerra sucia. Tal vez no demasiado en cuanto a información sobre los hechos, aunque el capítulo no deja de ser un buen resumen de lo sucedido, digno de figurar en cualquier biblioteca argentina. Pero Tina Rosenberg tiene la distancia que a nosotros nos falta. Habla con los sobrevivientes como ningún juez o periodista argentino lo hizo nunca. Trata de entender, no de juzgar, y penetra en algunos rasgos de la sociedad argentina con una profundidad iluminadora, aunque sea, posible disentir con más de una de sus afirmaciones. Tal vez haya que esperar a que un intelectual como Martín Grass se decida a escribir sus Memorias de Aquel Infierno para ir más allí de donde Tina Rosenberg con tanta sutileza nos conduce. Por ahora, la lectura de este relato ayuda a entender la guerra sucia y a sus actores, pero también a la Argentina y sus mitos, como el de la isla de refinamiento del viejo mundo en un océano de barbarie.

Así como Borges decía que en el Corán no hay camellos porque fue escrito por árabes, ningún escritor argentino ha dado cuentas de cómo fue posible que las cumbres del horror se alcanzaran en el que Tina Rosenberg llama "el país más europeo y desarrollado de Latinoamérica" y por obra de la más civilizada y aristocrática de sus Fuerzas Armadas", caballeros que se sentían llamados a salvar el mundo occidental y despreciaban a los cabecitas negras. Sus diálogos con ex prisioneras que no sabían si el oficial que golpeaba a la puerta de sus celdas las iba a llevar a la mesa de tortura o a comer a la Recoleta; con almirantes que se vanaglorian de no ser africanos y creen que hay un modo civilizado de

torturar y asesinar; con ex oficiales que cuentan cómo en la ESMA les enseñaron a secuestrar y aplicar la picana eléctrica; con coroneles que narran la esencia inhumana de la formación militar recibida durante generaciones; con militantes por los derechos humanos para quienes Astiz llegó a ser una obsesión personal; con el afable padre del marino que le abre las puertas de su casa; sus referencias al espíritu de Cruzada que dominó a las Fuerzas Armadas en aquellos años; al uso de la tortura como castigo más que como instrumento para obtener información; a las influencias superpuestas del prusianismo germano, el colonialismo francés y la contrainsurgencia estadounidense; al rol de la jerarquía eclesiástica en apoyo de la masacre, y al ánimo rencoroso y vengativo que a partir del golpe de 1930 impregnó toda la política argentina, brindan un cuadro tan desagradable como impresionante de nuestra sociedad, intolerante, necrofilica y feroz, que nadie interesado en la verdad debería ignorar. Algunas de sus páginas son estremecedoras, como la borrachera en la que el torturador y su víctima lloran juntos la muerte de un militante que se suicidó para evitar el secuestro.

Astiz es una silueta borrosa que se va tornando más nítida a partir de los diversos testimonios de quienes fueron sus amigos de infancia, sus camaradas en la ESMA, sus víctimas o quienes intentaron llevarlo ante la Justicia. No es un monstruo, anota, sorprendida, Tina Rosenberg, al avanzar en la comprensión de un fenómeno más complejo que los lugares comunes con los que había iniciado su itinerario. Amante de la música clásica y de la lectura, de los buenos cuadros y de la escultura, fascinado por los prisioneros, con quienes se quedaba hablando interminablemente en la ESMA, donde se sentía verdaderamente vivo, e incapaz de dar un paso por fuera del sendero marcado por las órdenes, las jerarquías, los prejuicios y las mentiras del útero institucional que lo contiene, Astiz va surgiendo a medida que progresa el relato como un personaje cada vez más inquietante, no un marginal en la Armada, sino su prototipo mismo, no un psicópata como el Tigre Acosta, sino el buen marino que luchó por sus convicciones, capaz de las peores atrocidades sin siquiera ese margen de duda que Aldo Rico definió de una vez para siempre como la jactancia de los intelectuales.

El aporte de Tina Rosenberg, que no consiguió cambiar más que unas pocas palabras ocasionales con su personaje, es fundamental para apreciar qué significa la caída de Astiz, por obra de otra periodista, Gabriela Cerruti, que casi una década después lo hizo hablar. Su fulminante separación de. las filas, simultánea con el certificado de defunción del campo clandestino de concentración en el que actuó, en ambos casos por decisión política acatada sin reparos por la actual conducción naval, no son hechos menores. Por más que los fundamentos de la baja hayan puesto el acento antes en lo que Astiz dijo que en lo que hizo, y a pesar de la absurda propuesta de una conciliación imposible entre dos concepciones antagónicas de la vida, la expulsión del prototipo y el fin de la ESMA simbolizan la bancarrota de un modelo de oficial, de un tipo de organización y formación militar, y el cierre de un período histórico. Pero la última página de este libro nos recuerda una tarea pendiente, que la sociedad argentina no puede eludir, para que ese cierre sea definitivo, para expropiar la sonrisa que tanto impresionó a Tina Rosenberg en el rostro de Astiz y devolverla a quienes corresponde.

LA ESTIRPE DE CAIN

Trece años más tarde se siguen reuniendo, cada jueves a las tres y media de la tarde, algunos cientos de personas congregadas para caminar lentamente en círculo en Plaza de Mayo alrededor de una estatua de la libertad, con su espada y su lanza. Llevan pañuelos blancos cruzados con las leyendas "Irene Krichmar, Miguel Angel Butrón, Desaparecidos, 18/6/76, Argentina" o "José Valeriano Quiroga, Desaparecido, 28/6/76". Con los años, a medida que fueron andando, la palabra "desaparecido" se transformó en un verbo transitivo en el vocabulario global, y las expresiones "ser desaparecido" y "hacer desaparecer a alguien" se asentaban en la conciencia del mundo, ubicadas allí por sus hijos. Las Madres de Plaza de Mayo estaban cada semana mas grises, más gordas y caminaban más lentamente, pero estaban decididas a caminar en la plaza cada jueves hasta que sus hijos aparecieran de nuevo, lo que significa que caminarían para siempre.

No todas eran madres. Algunas eran abuelas, maridos o esposas de los desaparecidos, padres, hermanos, parientes de todas clase, y gente que llegaba simplemente para mostrar su apoyo a las Madres de Plaza de Mayo. En los primeros meses eran todas madres. Luego, a fines de la primavera de 1977, cuando la Junta Militar tenía un año y medio y había hecho desaparecer a más de 6500 argentinos en lo que luego se conoció como la guerra sucia, apareció en la plaza un joven rubio con cara angelical de niño de cinco años y sonrisa a lo Kennedy. Explicó que su nombre era Gustavo Niño, que tenía 26 años y que era estudiante, que venía de Mar del Plata -una ciudad a seis horas en auto de Buenos A¡res- y que su hermano había desaparecido. Durante ese tiempo, había 60 mujeres de 40 y 50 años y un joven. Gustavo era, obviamente, de buena familia. María del Rosario Caballero, una de las madres, me lo contó cuando la conocí en 1988. Pero estaba lejos de su casa y su vida de estudiante era dura. Llevaba el mismo suéter azul casi todos los días. "Siempre parecía un poco aterrorizado, y nosotras cuidábamos de él. Rápidamente se convirtió en el favorito de Azucena Villaflor, nuestra fundadora. La gente nueva que se unía al grupo a veces pensaba que era su hijo", dijo Caballero. Las Madres habían elegido caminar en la plaza frente al palacio presidencial, de manera que los miembros de la Junta pudieran verlas desde sus oficinas. Era peligroso, y todavía más peligroso para un joven, especialmente para alguien tan apasionado como Gustavo. Una vez, se peleó a golpe de puños con un policía que trataba de desbandar una manifestación.

Gustavo se lanzó a trabajar, siempre proponiendo más reuniones y slogans más fuertes. Iba a todas las misas conmemorativas. Se integró con otro grupo de gente -parientes de los desaparecidos, amigos y hasta dos monjas francesas- formado con el fin de juntar dinero para publicar un aviso a página entera en La Nación, el diario líder en la Argentina. El aviso -una respetable carta requiriendo información acerca del paradero de los desaparecidos- iba a publicarse el 10 de diciembre de 1977, y se titularía "Sólo pedimos la verdad". El 8 de diciembre el grupo se reunió

para juntar los últimos pesos para el aviso en la Iglesia de Santa Cruz, una iglesia de cemento marrón en un barrio de trabajadores. Gustavo llegó con una chica rubia a la que presentó como su hermana. "¿Gustavito, qué estás haciendo acá? -preguntó Caballero-. La iglesia está rodeada de desconocidos. Es peligroso, no deberías estar acá"
"¿Cómo me voy a perder un día tan importante?", dijo Gustavo. Pasaron la bolsa de la colecta. Luego Gustavo se levantó y dijo que salía para tomar un poco de aire fresco. Mientras se iba, sacó algunos billetes de su bolsillo y los agitó, haciendo señales a ciertos miembros del grupo. Los extraños que estaban dando vueltas afuera entraron en la iglesia, con las armas desenfundadas.
"¡Arresto por drogas!", gritaron los hombres. Cinco Renault se detuvieron. Los hombres metieron a los empujones en los coches a siete miembros del grupo, uno de los cuales era una monja francesa de 43 años, la hermana Alice Domon, y salieron velozmente.
Caballero estaba gritando. "¡Calláte, vieja loca! -gritó uno de los hombres desde atrás-. ¿Querés venir con nosotros?"
"No pude ver si se llevaron a Gustavo", me contó Caballero. Unos días después también desaparecieron Azucena Villaflor y otra monja francesa, Léonie Duquet, de 62 años.
Más tarde, un testimonio de los sobrevivientes de la Escuela de Mecánica de la Armada indicaba que Villaflor, las monjas y el resto del grupo terminaron en las cámaras de tortura de la ESMA. Mientras recibía shocks eléctricos, la hermana Alicia preguntaba sobre el destino del "muchacho rubio".
"Estábamos seguras de que se llevaron a Gustavo", dijo Caballero. El jueves siguiente, a la hora de siempre en Plaza de Mayo, las mujeres lo vieron, parado contra una pared, semiescondido en las sombras. "Estábamos shockeadas -dijo-. Se veía horrible."

"Tengo que hablar con ustedes", murmuró Gustavo.
"¿Estás loco? -dijeron las Madres-. Andate de acá, corré, andá, es demasiado peligroso". Y Gustavo se fue.

Fue después de todo esto que un miembro del grupo que se exilió en Francia escribió para decir que un hombre rubio, de cara angelical, con el nombre de Alberto Escudero, se había juntado con una organización de solidaridad argentina en París. "Pensamos que en realidad trabaja para la Marina", escribió la mujer; la Marina tenía una célula en París que se infiltraba en los grupos de exiliados. La mujer envió una foto. Alberto Escudero era Gustavo Niño.
Durante los años siguientes la cara de Gustavo Niño se volvió famosa en todo el mundo. En 1981 una revista australiana publicó fotos de Gustavo, usando entonces su nombre real, Alfredo Astiz, tomadas cuando era agregado naval en la embajada argentina en Johannesburgo, Sudáfrica. Luego, en 1982, apareció una foto del teniente Astiz, esta vez con barba, firmando un documento de rendición a bordo del buque de guerra británico "Plymouth" después de la guerra de las Malvinas. Otra foto: el teniente Astiz, aún con barba, con aire solemne, volando de Londres a Buenos Aires luego de ser interrogado por los británicos. Y todavía otra foto más: Astiz, ahora un teniente a cargo, de uniforme, en el asiento trasero de un

coche, en 1985, abandonando el edificio de Tribunales luego de que lo acusaran por la desaparición de Dagmar Hagelin, una sueco-argentina a quien, según parecía, le había disparado en la frente una mañana, la había puesto en el baúl de un coche, y la había llevado a un campo de concentración. Y otra más: Astiz con su uniforme blanco de la Marina, pasando detrás de Ragnar Hagelin, el padre de la chica sueca, acusador y acusado.

Pero luego las fotos cambiaron; la sonrisa volvió: un Astiz muy tostado sobre una reposera en la playa del Yacht Club de Mar del Plata, el cabello agitado al viento. Astiz bailando en la discoteca Le Club, con la camisa arremangada. Astiz parado en la playa del Yacht Club en traje de baño, charlando con otro oficial naval que estuvo con él en las Malvinas. El teniente Astiz, en chaqueta y gorra blanca de la Marina en el Día de la Armada, en mayo de 1988, fotografiado en Bahía Blanca, donde había anclado su barco, el destructor "Hércules-: parecía un joven Robert Redford que reía exhibiendo sus dientes al mundo.

Fue esta última foto, reimpresa en un diario chileno, la que un día llegó en Chile a mi escritorio. La miré por mucho tiempo y ese día decidí intentar entender el mundo de Alfredo Astiz: un ciudadamo del más europeo y desarrollado de los países de Latinoamérica; un miembro de la más civilizada y aristocrática de sus Fuerzas Armadas; el hijo de un padre oficial de la Marina y de una madre holandesa de sangre azul; un amante de Van Gogh, de Calder y de la música clásica; bien viajado, bien educado y bien leído; y oficial del departamento de operaciones del grupo de tareas 3.2.2 durante la guerra sucia, el más notable grupo de torturadores y asesinos de la Junta más notablemente asesina en la historia contemporánea de Latinoamérica, y responsable personal y directo del secuestro de cientos de personas que sufrieron torturas inimaginables y luego desaparecieron para siempre.

Mientras que la violencia en Colombia tiene sus raíces en la falta de un orden social y en la incapacidad del gobierno para poner reglas a una sociedad ruidosa y caótica, en la Argentina la Junta que el 24 de marzo de 1976 llegó al poder gracias a un golpe militar creó exactamente la situación opuesta. La Junta, que bautizó a su gobierno "Proceso de Reorganización Nacional" o "el Proceso" -que es también el título de la novela de Kafka-, asfixió a la Argentina a fuerza de orden social. Lo ruidoso o caótico simplemente se evaporó en el aire. De todos modos, el problema de raíz era el mismo: un desprecio por la ley y la política como modo de resolver los problemas en países marcados por enormes contrastes sociales. Y los resultados fueron los mismos. La Junta proclamaba su violencia como una guerra contra la guerrilla, principalmente el grupo llamado los Montoneros, que retendía adoptar el pensamiento nacionalista y populista de Juan Domingo Perón, el general cuya presidencia en los años 40 y 50 dio forma a la Argentina moderna. Pero la guerra sucia también eliminó a terroristas tan peligrosos como los periodistas, los psiquiatras, los trabajadores sociales y los líderes sindicales de la Argentina.

En 1981, cuando todo había terminado, un civil, Raúl Alfonsín, elegido presidente de la Argentina en 1983, nombró a un grupo de eminentes argentinos para formar la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP). La comisión envió a sus miembros por toda la Argentina, a España, México, Venezuela y otros países para recoger testimonios, acumulando finalmente 50 mil

páginas. La comisión determinó que el gobierno había producido -o, mejor dicho, no produjo- más de 9000 desapariciones. Se publicó una seleción de los testimonios bajo el título Nunca más.
Nunca más es, como escribió el filósofo del derecho Ronald Dworkin en la introducción a la versión en inglés, un relato desde el infierno: historias de prisioneros cuyas heridas estaban infectadas con gusanos; una mujer que se atravesó la lengua con los dientes por el dolor de los electroshocks; una violación anal con varillas electrificadas de metal. En el testimonio de un hombre encarcelado en Campo de Mayo, Archivo 2819, se lee:

"(...) a los prisioneros se nos obligaba a permanecer sentados sin respaldo en el suelo, es decir, sin apoyarnos en la pared, desde que nos levantábamos, a las seis de la mañana, hasta que nos acostábamos, a las 20. Pasábamos 14 horas por día en esa posición... No podíamos pronunciar palabra alguna y ni siquiera girar la cabeza. En una oportunidad, un compañero dejó de figurar en la lista de los interrogatorios, y quedó olvidado. Así pasaron seis meses, y sólo se dieron cuenta porque a uno de los custodios le pareció raro que no lo llamaran para nada y siempre estuviera en la misma situación... Lo comunicó a los interrogadores, y estos decidieron 'trasladarlo' -matarlo- esa semana, porque ya no poseía interés para ellos. Este compañero estuvo sentado, encapuchado, sin hablar y sin moverse durante seis meses, esperando la muerte."

Miriam Lewin tenía 19 años cuando fue capturada el 17 de mayo de 1977. Fui a verla doce años más tarde. Había sido una de los prisioneros de Astiz. Era estudiante en la Universidad de Buenos Aires y , miembro de la Juventud Universitaria Peronista, una organización creada por los Montoneros que hacía trabajo político en la universidad. Según otros prisioneros, Lewin era una montonera de perfil bajo, aunque ella negara haber hecho algo más que trabajo de organización política.
En todo caso, en el momento de su captura llevaba la píldora suicida de cianuro, como hacían los Montoneros, y se la metió en la boca. Los soldados se la arrancaron antes de que pudiera morderla. Miembros de la Fuerza Aérea la llevaron a una prisión secreta y la torturaron en una pieza donde había pintada una esvástica en la pared; Lewin es judía. Le ordenaron que escribiera una autocrítica, arrepintiéndose de su activismo pas ado. Ella la escribió, y después la leyó con peluca y anteojos frente a una cámara de televisión, como sus captores le ordenaron. Por alguna razón, la Fuerza Aérea la destinó después a la Marina. El 26 de marzo de 1978, encapuchada, esposada y con los pies engrillados, la metieron en el baúl de un coche y la llevaron a lo que posteriormente ella descubrió que era la ESMA. Permaneció allí hasta el 10 de enero de 1979, cuando fue puesta en libertad -o sea: se le permitió volver a su casa, cuidadosamente vigilada, y se le exigió que pasara todo el año siguiente haciendo trabajos forzados para la Marina-.
Me encontré con ella diez años después de su liberación, en su pequeño departamento de un viejo edificio situado en un barrio de trabajadores en Buenos Aires. Estaba tratando de encontrar tantos antiguos prWorteros, de la ESMA cosflo pudiera, con la esperanza de entender la guerra sucia y a Astiz. Lewin, una mujer

pequeña, con pelo rubio por los hombros, trabajaba en Buenos Aires en la oficina porteña de uno de los gobiernos de provincia de la Argentina, y en su tiempo libre escribía para una revista de izquierda. Su departamento estaba ocupado por tablas de skate, soldados de juguete y los gritos de sus dos hijos pequeños.

"Astiz me llevó a cenar", dijo.
No entendí. "¿Qué hizo?
"Me llevó a cenar. Fue cuando ya había sido liberada de la ESMA, pero todavía me seguían vigilando. Astiz había sido transferido a la embajada en Sudáfrica, junto al almirante Chamorro, el jefe de la ESMA. Un día pasó y me llevó a cenar y a tomar un café en un bar de Belgrano.

-Mecontó que el almirante Chamorro lo invitó a cenar con otro oficial para que pudieran conocer a la hija de Chamorro y a un amigo de ella. Chamorro decía: 'Ustedes los jóvenes tienen que pensar en casarse', guiñando el ojo todo el tiempo. Cuando se pusieron a hablar sobre política, Astiz comenzó a exaltar a Fidel Castro y a los montoneros pero hablando como si fuera en serio. La hija y su amigo se escandalizaron. Finalmente, Chamorro concluyó que estaba bromeando."
"¿La llevó a cenar para decirle eso?"
"Me dijo que quería despedirse. Dijo que me respetaba y creía sinceramente que yo me había rehabilitado. Escribió sus direcciones en Sudáfrica y la de su familia en Mar del Plata con tinta verde en una servilleta. 'En caso de que necesite algo, dijo, "
Yo pensaba: no suena como si fuera un monstruo. Muchas cosas que Lewin me contó acerca de su estadía en prisión me sorprendieron. Había sido torturada físicamente sólo durante sus primeros días en los campos. Le habían dado trabajo para hacer: que tradujera artículos. Le habían permitido llamar a su familia. Esta no era la guerra sucia de la que me habían hablado. Antes de irme del departamento de Miriam Lewin le pregunté, como hacía cada vez que veía a un prisionero de esa época, si podía ponerme en contacto con otros que hubieran estado allí dentro. Como Lewin, los otros me dijeron que a ellos les habían dado trabajos para hacer y que oficiales de la Marina los habían llevado a cenar tanto mientras estaban en la ESMA como después.
Medité sobre ello por unos días, y luego repentinamente me percaté de que las historias que había recogido sobre la ESMA tenían todas algo en común: venían de los sobrevivientes. Pero el propósito del campo de concentración no es el de crear sobrevivientes, sino el de asegurar que muy pocas personas sobrevivan. Cada prisionero que atravesó las puertas de la ESMA tenía asignado un número. En los 92 meses de existencia de la ESMA los números se elevaron a 5000. Varios cientos sobrevivieron: torturados, y liberados después de algunos días. Poco menos de cien fueron, como Miriam Lewin, mantenidos durante años en un infierno alucinógeno en el cual la línea entre prisioneros y guardias se desdibujaba, sin poder nunca asegurarse si el oficial que tocaba la puerta los llevaría a la mesa de tortura o afuera a comer un bife. Por razones que comprendí más tarde, esas personas eran fundamentalmente montoneros. Los otros que pasaban por la ESMA -entre 4000 y 4500 personas, la gran mayoría de las cuales

nunca habían tomado un arma- murieron durante la tortura o en los "traslados" semanales. A cada prisionero que "trasladaban" le inyectaban Pentotal para evitar que se resistiera, y para prevenirle el trauma psicológico a la tripulación de la cuadrilla de¡ avión. Los miércoles -por alguna razón siempre eran miércoles- era subido un prisionero a un avión Fokker como parte de un grupo de veinte y arrojado al mar.

"Ahora usted me pregunta, ¿por qué debíamos gastar una inyección en esos prisioneros? Pero lo hicimos", me dijo más tarde el almirante Horacio Mayorga. Su intento de convencerme de que la Marina torturaba y mataba asus prisioneros de un modo civilizado es consistente con el mito que los argentinos crearon sobre sí mismos: que solamente un accidente de la geografía había puesto a los argentinos -a los de ascendencia italiana, británica y española, con su piel blanca y sus uñas manicuradas- en Latinoamérica, como una isla del refinamiento del Viejo Mundo encallada en un mar bárbaro. Sus vecinos de herencia indígena y los argentinos de piel oscura eran tratados con sorna como cabecitas negras. Los militares se jactaban de sus raíces europeas y de su misión de salvar a la civilización occidental. La Junta de la guerra sucia se consideraba a si misma una junta de caballeros y el golpe "una acción consciente emprendida con responsabilidad, y no motivada por interés o deseo de poder", según el anuncio inicial del general Jorge Rafael Videla, presidente de la Junta.

De todas las armas de las Fuerzas Armadas, la Marina es tradicionalmente la de clase alta. Así como la Argentina mira desde arriba a sus vecinos indígenas, así es como los altos, blancos y bien educados marinos ven al Ejército y a la policía. Son casi diplomáticos, los gentlemen de la Marina. Pero en la época en que cerró sus prisiones, en noviembre de 1983, pocos días antes de que Alfonsín asumiera, el campo de concentración de estos gentlemen, la ESMA, podía reclamar la distinción de ser el campo de exterminio más grande de la guerra sucia.

La Escuela de Mecánica de la Armada, sobre la Avenida del Libertador, en Buenos Aires, es blanca con un techo rojo de terracota. Los pinos son puntos en el césped frente al pórtico ornado con cuatro columnas y coronado por el escudo de la República Argentina. El campo de concentración en sí estaba ubicado en el club de oficiales de la ESMA, un edificio de tres plantas con un sótano. Los prisioneros dormían en el tercer piso y en el ático. El sótano estaba ocupado por una enfermería, un laboratorio fotográfico y cámaras de tortura. Una de las salas de tortura estaba insonorizada y, cuando no estaba ocupada de otro modo, servía como sala audiovisual. Los oficiales dormían en el primer piso y en el segundo. En el tercero estaba la bodega, un depósito gigante donde guardaban los bienes robados de las casas de los prisioneros. Hacia fines de 1977 se instaló un grupo de oficinas conocidas como "La Pecera", llamadas así porque las oficinas estaban separadas por paredes transparentes de acrilico. La Pecera, monitoreada por un circuito cerrado de televisión, era donde los prisioneros trabajaban.

Hablé con varias personas que habían sido torturadas en la ESMA. Una era María Elisa Landín, una maestra de escuela que tenía 50 años en el momento en que fue secuestrada. Los militares entraron a su casa cinco veces, buscando a su hijo Martín, llevándose cosas de la casa en cada visita. En la sexta visita se llevaron a Landín y a su esposo a la ESMA, donde ella fue torturada con electricidad aplicada en los pechos y en la vagina y golpeada hasta que se desmayó. "Acá

nosotros somos los únicos dioses", decía su torturador. Más tarde la pareja fue liberada. Poco después su hijo desapareció.
Landín creía que el motivo por el que la torturaron no era la búsqueda de información -sus torturadores debían haberse percatado de que era improbable que ella conociera el paradero de su hijo- sino el deseo de castigarla, quizá para reducir el interés de su hijo en la política, quizá para alarmar a los otros, o quizá simplemente para ilustrar quién era el amo y señor de su vida y de su muerte.
En los primeros años de la administración de Alfonsín el semanario de Buenos Aires La Semana publicó dos largas entrevistas a Raúl Vilariño, que era un suboficial en el departamento de operaciones del grupo de tareas 3.3.2. Su trabajo no era torturar -eso correspondía a la gente de inteligencia- pero presenció la tortura. Vilariño era un cabecita negra, un hombre de limitada estatura, fornido, con piel oscura, proveniente de una familia pobre. Al cierre de la guerra sucia dejó la Marina y desarrolló problemas de conciencia, lo que lo llevó primero a tocar las puertas de La Semana y luego de Tribunales.
Esto es parte de lo que Vilariño dijo:

"Vamos a poner un 50 por ciento y un 50 por ciento. Del 50 por ciento que no era culpable, vamos a suponer, un 25 por ciento tenía ideología, aunque por el hecho de tener ideas, no vamos a decir que vaya a hacer mal a nadie...¿Cuántas veces a usted lo mandan a hacer una diligencia y lleva bien anotado el número, y sin embargo pregunta a ver si es ahí? Nosotros no podíamos preguntar si ahí vivía un guerrillero ... Llega un momento que ya no se puede actuar cortesmente, por usar una palabra ... Yo no le niego que se cometieron quinientos mil desmanes. Pero esos desmanes eran porque los datos obtenidos no eran los correctos. También pasaba que la gente, ante el miedo, oponía una cierta resistencia que era malinterpretada por el grupo, que ya estaba psicológicamente preparado para ver detrás de una puerta que se cerraba, quinientos rostros de guerrilleros y quinientas bocas de armas.
Había una puerta en la que un individuo, una noche que estaba contento, había escrito: "Camino a la felicidad". Detrás de esa puerta estaba la cámara de torturas, picana eléctrica, un elástico de hierro de una cama conectado a 220, un electrodo de cero a setenta voltios, silla, presnas y todo tipo de elementos que pudieran servir para torturar. No se los puede imaginar: elementos cortantes, punzantes, cámaras de bicicletas rellenas de arena para golpear sin dejar rastros... Muchos de estos métodos fueron copiados de la Policía Federal...
¿A usted alguna vez le dió un golpe de corriente una heladera, la canilla del baño o algún aparato eléctrico? Eso súmelo por cien y multiplíquelo por mil ... Eso es lo que puede sentir una persona que está siendo torturada, que tal vez es culpable, que tal vez no es culpable ... Yo le voy a contar un caso: una chica de diecisiete años que se llamaba Graciela Rossi Estrada. Era una piba de aspecto muy triste ... Debido a que faltaba alguien del grupo, yo estaba ahí y pude comprobar cómo era torturada. Comenzaron con los simples procedimientos de cualquier rufián de película policial de poca monta: colillas de cigarrillos, manoseos, tiradas de cabello, golpes, pellizcones. Como no se lograba obtener lo que se deseaba escuchar aparentemente, y digo aparentemente porque tengo grandes dudas de que las sesiones de tortura fueran lo suficientemente satisfactorias ya que más de

una vez se sindicaba a Fulano de Tal para que en la confesión dijese tal o cual cosa, entonces, como decía, a eso de la media hora de estar golpeándola, la llevaron a la picana eléctrica donde fue picaneada hasta que se desmayó. Entonces, tomada con mucha delicadeza de los pelos por un individuo y por otro de las piernas, fue tirada en una celda, donde se le arrojó un balde de agua para que se hinchara. A las cuatro o cinco horas, el estado de la piba era deplorable porque se había hinchado. Fue llevada nuevamente a la sala de torturas. Allí, en ese momento, por Dios, por la madre y por todos los seres queridos que tenía, iba a firmar hasta el asesinato de Kennedy y no sé si su intervención en la batalla de Waterloo. Por eso digo que los datos obtenidos de la tortura no eran fehacientes la mayor parte de las veces: se los acomodaba para ir justificando la gente que había detenida.
Una vez le pregunté al padre Sosa (un sacerdote) si le parecía bien lo que estábamos haciendo y él me dijo que había que pensar como un cirujano. Si había que amputar el mal, no se podía estar pensando en la estética del paciente...
Era muy fácil ver cómo entraba un camión con leña, un camión con mercadería y luego, otro camión con leña. Se tiraba la leña, se tiraban los cuerpos, se tiraba más leña y se prendía fuego. Ahí también se quemaban vehículos que no convenía que fuesen encontrados ... Mengele (apodo del médico) me comentó en un momento que los cadáveres, a medida que se iban quemando, las articulaciones se iban abigarrando hasta quedar así, todas como artrósicas. Entonces me dijo: "La próxima vez les voy a cortar los tendones para que queden mejor".
Bueno, uno de los sistemas lindos que tenía Mengele era una, cucharita, ¿no es cierto? A las embarazadas se les introducía esa cucharita u otro instrumento metálico en la vagina hasta que tocara el feto ... Entonces, se le daba la descarga de 220. En una palabra: se pícaneaba a la criatura.

(pregunta) Y usted, ¿qué hacía ante semejantes atrocidades?

Y .. vomitar. ¿Qué quiere que haga?

¿Había quienes gozaban con eso?

Sí. Por supuesto que sí."

La experiencia de Vilariño era de alguna manera típica de la ESMA y de otra manera no era para nada típica. Era típica en que otras personas habían presenciado o sufrido los hechos que él presenció; el testimonio de los prisioneros no dejaba dudas de que lo que Vilariño describió tuvo lugar. Y no cabe duda de que todos en la ESMA sabían que estas cosas pasaban. Lo que no era típico que todo esto llegara, se supiera. Debe haber habido muchos que no creían que todo detenido era un- terrorista. Debe haber habido otros que cuestionaban, como lo hizo Vilariño, la base entera de la ESMA. Pero siempre dejaban el asunto a la gran sabiduría de la Marina. No era un asunto para civiles. Nadie más confesó sus crímenes en una entrevista a treinta páginas para una revista nacional.

El grupo de tareas 3.3.2 tenía algunas docenas de integrantes en cada momento, divididos en inteligencia, operaciones y logística. Sus miembros eran voluntarios, y formar parte del grupo de tareas era considerado en la Armada en cierto modo formar parte de una orden religiosa, por su rigor -vivían en la ESMA y podían pasar la noche con sus famílias solamente tres veces al mes- y por el nivel de compronís o requerido.

El grupo de tareas fue formado en mayo de 1976, dos meses después de que la Junta tomara el poder. La Junta consideró que su tarea principal era matar a aquellos que se opusieran a ella, una asignación básicamente puesta en práctica por el Ejército y la Policía Federal. El representante de la Marina en la Junta, el almirante Emilio Massera, creó el grupo de tareas para permitir que la Armada participara en la "lucha antisubversiva" y para incrementar de ese modo su poder respecto al de los otros servicios. El mismo Massera, llamado en clave Cero, salió a la calle para ayudar en el primer y bautismal secuestro.

El departamento de operaciones del grupo de tareas conducía hasta seis misiones por día, secuestrando prisioneros en la calle o entrando en sus casas. Luego, operaciones debía vendar y esposar a cada prisionero y llevarlo a inteligencia. Inteligencia debía torturarlo, habitualmente con una picana eléctrica. Un miembro del departamento de operaciones debía estar presente para escuchar lo que la víctima decia, por si acaso eso pudiera generar una nueva misión. Esta rutina, que se hacía durante las 24 horas del día, enriqueció mucho el vocabulario argentino. Entre las palabras que contribuyeron a este enriquecimiento estaban chupado (secuestrado), traslado (tirar a la víctima desde un avión al río), mandado para arriba (el mismo sentido) y dar máquina (aplicar la picana eléctrica).

No había trabajo sin gratificaciones. "Los muchachos deben ser compensados por los riesgos que corren", decía Massera. Cuando un prisionero era chupado, sus bienes también eran chupados, y terminaban en la Bodega, un depósito de libros, aparatos de televisión, colchones, lavarropas, pinturas, muebles y ropas. Una mujer que fue enviada a trabajar en la Pecera se encontró con su living entero -sillas de mimbre, un sofá y un estéreo- que estaban ahora en servicio en la sala de estar de la Pecera. Normalmente, los cargamentos de bienes que llegaban a la ESMA no permanecían demasiado tiempo antes de partir hacia las casas de varios oficiales de la Armada. Se decía que el contraalmirante Rubén Chamorro, director de la ESMA, coleccionaba grabaciones de tango.

Hacia el final de 1976 el grupo de tareas comenzó un experimento seguramente único en los anales de la represión. Algunos prisioneros, quizás una centena (Miriam Lewin entre ellos), no fueron asesinados. Fueron dejados vivos con dos propósitos: reinfiltrarlos en los Montoneros para capturar más colegas suyos, y hacerles escribir discursos y producir materiales que sirvieran a los objetivos políticos del almirante Massera. Era un plan que estaba a la altura de la audacia de Massera, el de las cejas tupidas, la sonrisa de estrella de cine, el genio irónico, el que escoltaba jóvenes actrices y amaba la vida nocturna, el que salió a navegar una tarde con el esposo de su amante y volvió solo.

"Estaba bailando con Massera en una fiesta de Año Nuevo -me dijo una mujer, hija de una familia de la Marina---. Para charlar, le pregunté si era verdad que todavía seguía viéndose con cierta actriz. Sonrió y dijo: 'Querida, cuando termino con una amante, la mando asesinar'."

"Di por sentado que estaba bromeando -dijo la mujer-, pero no estaba del todo segura."
Massera se sintió enclaustrado en la gris burocracia de la Junta, escondido detrás de la formalidad de cuello duro de Jorge Videla, el general del Ejército que era presidente. Cuando la Junta adoptó una política económica thatcheriana comparable a la del general Pinochet en el vecino Chile, Massera formó el Partido de la Democracia Social (incluso intentó ser reconocido como el representante oficial en la Argentina de la Internacional Socialista), que enfatizaba el populismo al estilo de Perón, y creía que tenía el potencial necesario para convertirse en un caudillo o en un hombre fuerte, a la manera de Perón.
Para que lo ayudaran, recurrió a los peronistas que estaban bajo su poder -los guerrilleros montoneros capturados y sus simpatizantes dentro de la ESMA-. Ellos, bajo amenaza de muerte, prepararon sus resúmenes de prensa y escribieron los discursos, artículos, y scripts radiales que serían utilizados en los medios que Massera controlaba. Massera podía usar a un prisionero montonero que había entrado a la ESMA como un publicista político o bien hacerlo asesinar domo un peligroso subversivo. O las dos cosas. En setiembre de 1978, cuando Massera dejó la Junta, con sus ambiciones políticas intactas, reunió a los residentes de larga data de la ESMA en el Salón Dorado de la planta baja para su despedida. "Todos hemos vivido cosas desagradables -dijo a sus prisioneros Massera, con traje de civil-. El hecho de que estemos en dos grupos diferentes es meramente circunstancia¡. Espero que algún día nos encontremos nuevamente, con una taza de café en la mesa entre nosotros!' Luego estrechó la mano de cada uno y caminó hacia la puerta principal, y los miembros de su gabinete montonero fueron llevados arriba e inmovilizados en sus grilletes de hierro y de madera.
"Era difícil de entender para nosotros --dijo Miriam Lewin diez años más tarde-. Massera era tan increíblemente arrogante. Quería usar nuestras habilidades técnicas y nuestra inteligencia para ganar apoyo popular. Pensaba que, como los Montoneros y la Juventud Peronista habían tenido tanto éxito, nosotros éramos la clave para hacer de él el nuevo Perón "

"¿Por qué colaboró usted con eso?, le pregunté.

"Lo hacíamos para conseguir seguir viviendo", respondió. Estaba cocinando repollitos de Bruselas para sus hijos. "Comenzaré por el comienzo -continuó desde la cocina-. Cuando llegué a la ESMA, transferida de la prisión de la Fuerza Aérea, me llevaron a la Pecera y un oficial llamado Scheller me habló. Dijo que pensaban que yo era recuperable y que, si me portaba bien, tendría algún contacto con mi familia. Me llevaron al sótano. Pude escuchar voces de otros prisioneros que estaban obviamente andando alrededor y vi gente lavando platos y trabajando en un laboratorio fotográfico. No entendía qué estaba pasando."
Ella descubrió que había dos clases de prisioneros permanentes en la ESMA. El Mini-Staff, un grupo pequeñísimo compuesto por los colaboradores reales: gente se que había quebrado bajo tortura---o,en algunos casos, hasta antes de ser torturada- y había delatado a sus compañeros, y que había salido a la calle con los oficiales navales para señalar gente, volviéndose algunos de ellos más feroces que los propios guardias en su colaboración. Algunos de esos prisioneros se

quedaron trabajando para la Marina años después. Coca Bazán, una montonera de la línea dura, se casó después con el contraalmirante Chamorro, el jefe también de línea dura de la ESMA, lo acompañó a Sudáfrica y, después de su muerte, entró a un ashram en la India. Otra, Mercedes Carazzo, que guardó silencio bajo tortura y durante los meses siguientes, finalmente quebró cuando el grupo de tareas mató a su esposo. Luego se enamoró de su asesino, el teniente Antonio Pernía, y comenzó a trabajar para la Marina, viajando con Pernía al centro piloto de la Armada en París, donde había ido Astiz.

Los otros, como Lewin, componían el Staff. Esta gente no había delatado a sus compañeros o lo había hecho sólo bajo tortura, contra su voluntad. Trabajaban con la Marina haciendo traducciones o escribiendo discursos pero nunca se fracturaron ideológicamente. "Un oficial me preguntó qué sabía hacer, y yo dije que Podía traducir inglés y francés -dijo Miriam Lewin-. Así me pusieron a trabajar haciendo traducciones o escribiendo material Para Promocionar turismo que luego sería usado por el Ministerio de Relaciones Exteriores, por las estaciones de radio de onda corta del gobierno argentino, o por el Canal 13; todo lo que controlaba Massera. Otra gente trabajó en la biblioteca, hizo taquigrafía y archivado, elaboró material audiovisual o trabajó en el laboratorio fotográfico produciendo documentos. A un prisionero le dijeron que escribiera la historia de los sindicatos argentinos para mostrar que siempre habían sido infiltrados por subversivos." Otros trabajaron para Massera afuera de la ESMA, administrando propiedades robadas a los prisioneros.

"Vos aprendías a simular estar recuperado -dijo Lewin-. Ellos te incitaban a hablar, y vos te arrepentías de haber hecho uso de la violencia, o decías que tus anteriores jefes montoneros eran traidores que se fueron a vivir afuera y dejaron a sus tropas en la Argentina como presa fácil." La mejor estrategia era no estar demasiado convencido de manera inmediata, los hombres de la Marina no eran tan estúpidos. Lewin y los otros miembros del Staff mentían veinticuatro horas al día. Les mentían a sus captores y les mentían a sus compañeros prisioneros. No podían confiar en nadie; ¿quién podía decir cuáles eran los prisioneros que simulaban colaboración y cuáles eran los colaboradores reales? Eso era verdaderamente el teatro de la guerrilla.

"Era riesgoso -dijo Lewin- Si te agarraban para que señalaras gente, empezaban por llevarte en compañía de otro prisionero que era un colaborador real. Después, ¿qué pasaba si vos veías a alguien que conocías? Si no lo señalabas, el colaborador real te quería cagar."

Su hijo se negaba a comer los repollitos de Bruselas. "¿Preferís zanahorias?", le preguntó Lewin. Fue a la cocina para rallar zanahorias. Fijó su vista en un gran muñeco con uniforme militar. Le pregunté qué clase de soldado era. "Un general", respondió.

Lewin volvió. "Siempre debíamos ser muy cuidadosos para parecer recuperados. Si algún loco quería que te enamoraras de él, vos te enamorabas de él. Era como darle tu billetera a un tipo con una pistola' "

El loco número uno era el capitán de corbeta Jorge Acosta, que impulsaba el grupo de tareas. Conocido como El Tigre, Acosta era claramente un psicópata. En un minuto podía estar besando a una prisionera a través de la capucha, regocijado al verla en la mesa de tortura de la ESMA, y al minuto siguiente moviendo el dial

de la picana eléctrica cada vez más alto, con la cara distorsionada por la concentración.
Acosta, que padecía de insomnio, rondaba por la ESMA a la noche, despertando a las mujeres a las tres de la mañana para contarles algunas ideas acerca de cómo combatir a los montoneros, y ellas escuchaban, asintiendo a cada detalle, hasta que él terminara. A cualquier hora de la noche un prisionero podía ser despertado para sentir el aliento de un oficial cernirse sobre él, como si fuera un insecto en una caja. En sus descansos, en lugar de ir al comedor de oficiales, los oficiales navales iban seguido a la Pecera para tomar un café y hablar con los prisioneros. A veces los hombres no iban a su casa a la noche, incluso cuando podían. En parte porque eran dedicados cazadores de montoneros, pero en parte también porque nunca antes habían conocido mujeres como las montoneras. Una noche tres oficiales llevaron a cenar afuera a siete u ocho mujeres prisioneras. Las prisioneras siempre estaban dispuestas a ir, para congraciarse con ellos y mostrar cuán recuperadas estaban. Acosta estaba casi gritándoles en el restaurante. "Ustedes saben que nuestras relaciones con las mujeres desde que las conocimos a ustedes están prácticamente destruidas", dijo. Dijo que todos ellos estaban casados con hijas de otros oficiales navales, mujeres que no sabían cómo hablar. En cambio, las prisioneras podían hablar sobre libros, películas o política.
Pero las mujeres siempre decían lo que los hombres de la Armada querían escuchar. Las simulaciones eran convincentes para los oficiales navales porque muchos de los prisioneros realmente habían quebrado. Cuando hablé con los ex montoneros, diez años después de su encarcelamiento, todavía estaban horrorizados de que tanta gente entre sus filas -gente con años de activismo y de entrenamiento ideológico- hayan delatado a sus superiores, a sus mejores activistas, incluso a sus mejores amigos. "Nos sentíamos derrotados -dijo Lewin-. En 1974 los que eran capturados no quebraban. Pensábamos que estábamos creciendo; pensábamos que la gente estaba con nosotros. La situación era diferente; la moral estaba alta. Más tarde comenzamos a sentir que cada persona que caía era sólo una más de los miles que caían. Si tu jefe cayó antes que vos y te delataba, y ya perdiste treinta y cinco amigos, tu esposo y tu hermano, en el momento en que caés vos ya tenés un sentido de la muerte y de la derrota. Después de un tiempo empezás a pensar, ¿cómo es que mi jefe colaboró y por qué yo, que soy sólo un pobre soldado de infantería, no debería salvar mi vida?"
Pero la colaboración no era garantía de supervivencia. Mucha gente que quebró y señaló compañeros fue asesinada. Muchos de los que no delataron a nadie salieron vivos. Cuando Massera dejó la Junta en 1978, no tenía intenciones de dejar su gabinete a su sucesor, el almirante Armando Lambruschini. Massera todavía quería ser presidente y todavía necesitaba el trabajo esclavo de sus prisioneros. Así, los prisioneros "recuperados- comenzaron a trabajar afuera, en las instituciones controladas por Massera. Lewin fue a trabajar a una inmobiliaria que administraba propiedades robadas a los otros prisioneros. Después fue a la oficina de prensa del Ministerio de Bienestar Social, que estaba bajo la dirección de Massera, y pasaba su tiempo preparando los resúmenes de prensa que Massera leía cada día.
A medida que estaba cada vez más "recuperada", le daban más libertad. Primero le permitieron llamar a sus parientes una vez por mes, luego más frecuentemente.

Después le fueron permitidas visitas nocturnas. Le pregunté por qué no escapó durante esas visitas. "Yo también me lo pregunté en ciertos momentos -dijo-. La respuesta es que teníamos lazos emocionales con los que estaban adentro, y siempre nos decíamos 'si alguien escapa, van a mandar para arriba a cada uno de los que están adentro'." Finalmente, todavía trabajando para Massera, todavía viendo y visitando el staff de la ESMA, le permitieron vivir en un departamento. Cuando ella y Carlos García, otro prisionero, decidieron casarse, le pidieron permiso al comandante Luis D'Imperio, que había reemplazado a Chamorro como jefe de la ESMA. En marzo de 1980 la pareja pidió autorización para visitar a la tía de Lewin en Nueva York. Los autorizaron. Volvieron a la Argentina cuatro años más tarde, después de la caída de la Junta.

Cuando el grupo de tareas 3.3.2 nació en mayo de 1976, el teniente Alfredo Ignacio Astiz tenía 25 años. Recientemente graduado en la Academia Naval, se alojaba en Mar del Plata, una ciudad de veraneo y base naval de la provincia de Buenos Aires. Allí recibió instrucción sobre cómo atacar edificios, seguir a sospechosos e infiltrarse en grupos sospechosos. Para Astiz y los otros luchadores en la guerra antisubversiva, trabajar en el legendario grupo de tareas era el cumplimiento de un sueño. Astiz pidió un traslado y en enero de 1977 entró a la ESMA como miembro del departamento de operaciones.

Era bueno en su trabajo. Implicaba cierto riesgo -ocasionalmente tuvo que secuestrar a quienes eran, de hecho, guerrilleros armados- y Astiz encabezaba varias operaciones al día. Cuando le daban un día libre, preguntaba si algunos turnos habían quedado sin cubrir y, si había alguno, se ofrecía a cumplirlo voluntariamente. Rápidamente adquirió autonomía e influencia, liderando ataques y secuestros y ayudando a planificar otros nuevos. Probablemente no torturaba -eso recaía en los hombres de inteligencia- pero frecuentemente veía sesiones de tortura para actuar rápidamente a partir de una nueva información que pudiera surgir en las sesiones. Era físicamente fuerte, marcaba goles frecuentemente cuando el equipo de fútbol del grupo de tareas jugaba contra el equipo de los ' prisioneros, y los demás pensaban que era valiente. Cuando lo mandaban a encontrar a un subversivo, volvía con un subversivo. Volvía con cientos de ellos, todos subversivos por definición, habiendo sido capturados por Astiz.

El 26 de enero de 1977, Astiz cometió un error que, junto a la infiltración en las Madres de Plaza de Mayo, lo convirtió en un símbolo internacional de la guerra sucia. Eran las 8 y 20 de una mañana de verano en El Palomar, en las afueras de Buenos Aires. Astiz y otros siete oficiales de operaciones fuertemente armados habían pasado la noche acechando la casa de Norma Susana Burgos, una líder montonera que había sido secuestrada anteriormente. Buscaban a la compañera montonera de Burgos, María Antonia Berger. Una mujer alta, rubia y atlética, que parecía responder a la descripción de Berger, venía caminando hacia la casa. Los hombres se aproximaron a ella, y ella empezó a correr. Sin advertir que no era Berger sino Dagmar Hagelin, una suecoargentina de 17 años, Astiz fue tras ella.

"Cuando Dagmar llevaba más de 30 metros de sus perseguidores, el teniente Astiz puso rodilla en tierra, extrajo su pistola reglamentaria y disparó (un solo proyectil) sobre la adolescente, la que cayó de bruces en la calzada", confirmaron los testigos en Nunca más. "Astiz corrió hacia la víctima y siguió apuntándole con su pistola mientras el cabo Peralta apuntaba también con su arma a un vecino del

lugar, Oscar Eles, de profesión taxista, y le obligó a entregar el taxi. Movido el vehículo hasta el lugar donde permanecía caída Dagmar, colocaron en el baúl el cuerpo sangrante de la víctima."

Muchas cosas no quedan claras sobre la historia de Dagmar Hagelin. No está claro si era una montonera de bajo nivel o sólo una simpatizante; vivía con un amigo en un departamento que había alquilado con un nombre falso, y se pasaba la tarde tipeando propaganda pro montonera. No está claro por qué los testigos que inicialmente identificaron a Astiz como el hombre que le disparó cambiaron más tarde su testimonio. Y no está claro qué pasó con Dagmar. Fue reconocida por prisioneros en la ESMA, en una silla de ruedas, con la cabeza vendada, imposibilitada de hablar. Vilariño, en su entrevista con la revista La Semana, dijo que la vio en un instituto de rehabilitación de la Marina, en Mar del Plata. Y después no se la vio nunca más.

El gobierno sueco pidió que Astiz fuese extraditado para someterlo a juicio. Argentina se negó. Más tarde el gobierno francés también requirió la extradición de Astiz para juzgarlo por el secuestro de las dos monjas. Dentro de la ESMA era un secreto a voces que Astiz se había quemado -mala suerte por haberse topado con los europeos- y se consideraba que los casos estaban demasiado calientes como para discutirlos. Le susurraron a los nuevos prisioneros que no hablaran sobre la chica sueca ni sobre las "monjas voladoras", como terminaron siendo conocidas luego de haber sido puestas en el Fokker semanal y arrojadas al mar.

Astiz se sentía vivo en la ESMA. "Le encantaba hablar -recordó Elisa Tokar, una prisionera que Astiz había capturado personalmente en una calle de Buenos Aires-. Estaba siempre con nosotros en la Pecera cuando podía pasar su tiempo libre en el club de oficiales. No lo queríamos con nosotros. Si estaba ahí, debíamos simular que estábamos trabajando." Le gustaba especialmente hablar con los prisioneros que venían de buenas familias y tenían buen educación, gente que, pensaba, estaba culturalmente a su altura. "En París nunca me perdí los museos y las exhibiciones", les decía a los prisioneros, y continuaba extendiéndose sobre los móviles de Calder o su pied-á-terre en la Rue Lecorbe, pronunciando el francés como Dios manda. Hablaba perfectamente inglés. Un tío en Holanda lo había introducido en Van Gogh, a quien adoraba. Leía libros. Un amigo suyo me dijo que encontró Nicaragua: tan violentamente dulce, un libro sobre la Nicaragua sandinista del escritor izquierdista argentino Julio Cortázar, en el auto de Astiz. Fue reconocido al salir de ver la película Rosa Luxemburgo.

"Solía hablarme de música -dijo Tokar-. A mí me encanta el rock. El odiaba el rock y -amaba la música clásica. Hablábamos fundamentalmente de música, o me preguntaba qué pensaba sobre algún acontecimiento político. Yo siempre traté de decirle lo que quería escuchar. Odiaba al peronismo. Odiaba cualquier clase de populismo."

Y odiaba al almirante Massera, que había bloqueado el ascenso de su padre al grado de contraalmirante, varios años atrás. Era más que un resentimiento familiar. Odiaba las ambiciones políticas de Massera, su populismo y su corrupción. Odiaba la manera en que Massera y Acosta robaban. Astiz nunca robó. Pensaba que Massera estaba traicionando a la Armada. El creía fervientemente en la Marina, en su nivel cultural, en su tradicional código de conducta y adhesión a la jerarquía y al orden. "Era un pequeño señor marinero, un

gentleman inglés -dijo Tokar---. Era muy superior con sus subordinados y muy respetuoso de sus superiores. Y solía decir usted cuando hablaba con los prisioneros más viejos."
"Un día estábamos viendo televisión, y apareció un médico negro de Estados Unidos --dijo Miriam Lewin-. Pienso que era un funcionario de la Sociedad del Cáncer. Astiz dijo con desprecio:

'Ni siquiera puede hablar un inglés decente. Es el complejo de culpa norteamericano el que pone a los negros, como este tipo, en posiciones importantes. Pero los negros no tienen cerebro para eso. Miren a África. El único país en África que está desarrollado es Sudáfrica'. Menospreciaba de modo semejante a los cabecitas negras. Siempre decía que no les gustaba trabajar, que gastaban todo lo que ganaban en alcohol. Como no trabajaban, no podían progresar." Astiz dedicaba días enteros a explicar sus teorías sociales a los prisioneros, asegurándose todo el tiempo --- con una resolución creciente- que tenía razón. Desdeñaba a Jimmy Carter, cuyos experimentos con los derechos humanos estaban haciendo peligrar al mundo capitalista. Margaret Thatcher era su líder ideal. El telegrama de congratulaciones que le mandó en su victoria electoral volvió para atorrnentarlo cuando, cinco años después, firmó la rendición incondicional en la guerra de las Malvinas a bordo de un barco inglés.
En su libro La pista suiza, Juan Gasparini, un compañero de escuela de Astiz, contó sus impresiones de cuando lo encontró veinte años más tarde en la ESMA, donde los caminos tan divergentes de ambos desembocaban en una especie de reencuentro. Uno de los sobrenombres de Astiz era El Rubio. "¿Por qué voy a mentir?', escribió Gasparini. Su antiguo compañero era un hijo de puta, "pero digamos que conmigo El Rubio fue un tipo diferente". Astiz concertaba llamados telefónicos a la familia de Gasparini y logró liberarlo del campo de concentración luego de veinte meses -once de los cuales los pasó engrillado-, a pesar del hecho de que Acosta ya lo había marcado para "traslado".
Un sábado por la noche, cuando Astiz era el oficial de mayor rango a cargo, fue a la celda de Gasparini y llamó a un suboficial para sacarle los grilletes. "Yo me hago responsable", dijo Astiz, y lo llevó en auto a Gasparini al centro. La primera parada fue en una librería. "Compráte lo que quieras. Te vas a volver loco en el camarote ése donde estás". Astiz pagó. Luego, a instancias de Astiz, fueron a La Paz, el bar de referencia de la contracultura izquierdista de Buenos Aires. Astiz bebía un cognac tras otro, y los dos hablaron de libros, de rugby, de política y de guerra.---Amí no me tenés que versear -dijo Astiz-. Acá los dos hablamos a calzón quitado. A vos te conozco, y vos sabés que yo no te voy a hacer nada. Cuando te lavan el cerebro con esa historieta de la justicia social, no hay arreglo. ¿O te creés que soy como el Tigre, que se le ha puesto que con sacarlos a cenar y comprándoles un par de pilchas les va a cambiar la manera de pensar? En el fondo vos sos lo mismo, aunque con lo que te pasó y con lo que has visto, no te vas a meter más en ninguna aventura rara. No tenés necesidad de decirme que no pensás igual ni parecido porque no hace falta. Vos sabés muy bien que yo no soy el Tigre. Todos saben que lo detesto. Como a Massera, que le cortó la carrera a mi viejo. El Tigre es un enfermo. Pero por más que esté medio loco, coincidimos en algo, lo que es eficaz: hay que terminar de matar a todos los irrecuperables,

porque si quedan dos o tres vivos, dentro de unos años el baile empieza de vuelta. Vos quedate tranquilo que salís. Mientras esté yo, por más que el Tigre no te trague, no te hagas problemas. Acá vamos a decidir las libertades dentro del GT. Lo que digan de arriba no corre. Ya vas a ver.

-Y lo vi", escribió Gasparini. "Y fue así

Cuando Silvia Labayru, la prisionera que simuló ser la hermana de Astiz cuando se infiltró en la Madres de Plaza de Mayo, tuvo un bebé, Astiz se la llevó de la prisión para registrarlo, presentándose como el marido, falsificó la firma del hombre, y despues le dio el bebé a su abuela. Se llevó a otra prisionera para que viera a su padre moribundo y luego la escoltó en el funeral. Años después, cuando la mujer testificó contra él en los juicios durante el gobierno de Alfonsín, Astiz le dijo a sus amigos que se sentía shockeado y traicionado.

"Desgraciadamente necesitábamos símbolos -dijo Elisa Tokar-. Lamento que haya sido Astiz. Preferiría que hubiese sido Acosta.
"Tenia una mejor relación con aquellos prisioneros que no se quebraban bajo tortura --dijo Carlos García-. A Acosta le gustaban aquellos que se quebraban; le gustaba ver a la gente arrodillada. Astiz no era así. Tenía una mala relación con los colaboradores en el Mini-Staff. Recuerdo que una vez salió a una reunión en donde iba a estar con un colaborador que iba para identificar gente. Hubo un problema y la reunión terminó en un tiroteo. Más tarde, el colaborador le dijo a Astiz: 'Estaba tan preocupado. Pensé que le había pasado algo'. Astiz me lo contó tiempo después. Me dijo: 'Cuatro horas antes era un gran soldado montonero. Ahora está preocupado por mí y no por sus compañeros. Me da asco'."
"Era una especie de enemigo digno para nosotros -dijo Lewin-. No era corrupto. No violó. Peleaba contra la subversión y el comunismo, no trataba de hacerse rico. Su visión del mundo era la de un Neanderthal, pero estaba convencido de lo que estaba haciendo. Estaba ahí para 'salvar' a su país."
"No comparto la idea de un 'enernigo digno' -dijo Graciela Daleo, una de las montoneras más duras-. Un enemigo respetable debería haber peleado limpiamente o habernos juzgado en los tribunales. Astiz pudo no haber disfrutado la represión, pero era parte de un sistema que secuestraba gente indefensa, la mantenía en condiciones inhumanas y la mataba."
Por lo menos una persona más en Buenos Aires compartía mi fascinación por Alfredo Astiz. Horacio Méndez Carreras es ahogado. El 20 de diciembre de 1983, diez días después de que Alfonsín hiciera su juramento como presidente, Méndez Carreras recibió un llamado del gobierno francés pidiéndole que abriera un caso contra Astiz por el asesinato de las monjas. Al año siguiente consiguió otro cliente, el gobierno sueco, interesado en el caso de Dagmar Hagelin. Comenzó estos casos mientras Alfonsín llevaba a juicio a los miembros de la Junta, pero veía al mismo tiempo cómo las posibilidades de justicia se iban reduciendo a medida que las Fuerzas Armadas hacían todo lo que Podían para bloquear los juicios. Obligaron a Alfonsín a pasar, en 1986, la Ley del Punto Final, que establece un final para los juicios y en 1987 la Ley de Obediencia Debida, que exoneraba a los oficiales de los rangos inferiores con el argumento de que solamente habían

estado cumpliendo órdenes. Con la Ley de Obediencia Debida, las posibilidades de justicia desaparecieron enteramente.

"Montgomer y tenía una fotografía de Rommel sobre su escritorio. Yo tenía una foto de Astiz", dijo Méndez Carreras. En la foto, tomada de una revista, Astiz aparece con un suéter rojo, sentado en el reservado de un restaurante, con la cabeza entre las manos. El 5 de junio de 1987, el día en que la Obediencia Debida llegó a ser ley, Méndez Carreras quemó la foto.

La primera vez que lo vi a Carreras, en agosto de 1988, todavía estaba trabajando en un caso relacionado con la ESMA. Los comandantes regionales, la gente que le había dado órdenes al director de la ESMA, Rubén Chamorro, tenían un rango suficientemente alto como para caer fuera de la jurisdicción de las leyes de Obediencia Debida y del Punto Final; todavía podían ser juzgados. Para cuando volví, un año después, el nuevo presidente, Carlos Menem, había terminado hasta con los juicios de los oficiales de alto rango; ya no era posible hacer prosperar una sentencia contra Astiz o contra la ESMA. La Armada promovió a Astiz y, protectora del hombre muchas veces considerado como un símbolo del joven oficial heroico (y ansiosa por refregárselo en las narices a Alfonsín), le asignó felicitar a los chicos en el destructor "Hércules" el Día de la Armada. Para Méndez Carreras, Alfredo Astiz era ahora sólo un hobby.

Mendez Carreras y yo pasamos tardes enteras en el pequeño estudio que comparte con otro abogado, intercambiando anécdotas, jugando al "¿Qué más sabés?", y leyendo transcripciones de los juicios. "Está terriblemente preocupado por el efecto que esto tiene en su posición social", dijo Méndez Carreras. "Va a los partidos de polo. En Bahía Blanca pertenece al Golf Club, y siempre está rodeado por jóvenes que lo tratan como a un héroe. Les enseña buceo' "

"Tiene un departamento en Buenos Aires --continuó-. Hipotecó por segunda vez su departamento para que su cuñado pudiera comprarse un coche. ¡Qué altruista!"

Yo tenía que reírme frente a la cantidad de trivialidades que Méndez Carreras conocía de Astiz. "¿Sabía usted que, cuando era agregado naval en Sudáfrica, fue condecorado dos veces por el gobierno sudafricano? Amaba Sudáfrica y siempre hablaba de lo mucho que admiraba al país. Allí compró un BMW."

La última vez que vi a Méndez Carreras, mencionó que Astiz probablemente iría a un partido de polo el fin de semana siguiente para ver al hijo de un amigo mutuo. "Voy a ir -dijo---. Voy a ponerme un disfraz de gaucho con un gran sombrero, y cuando esté cerca de él, voy a acercarme y le voy a decir: 'Sólo quiero saber una cosa, Alfredo. ¿Dónde están las monjas? ¿Están en el mar o están enterradas en algún lugar? ¿Dónde están las monjas?" No tuvo la oportunidad de hacerle estas preguntas; el partido se suspendió por lluvia.

"Sueño con él -dijo Méndez Carreras-. Tuve un sueño en el que a él lo juzgaban, y Dagmar estaba en una cuna a su lado. Fui a hablarlo con un analista."

Torné el tren a Mar del Plata, donde nació Astiz y donde todavía vive su familia. En verano Mar del Plata es un balneario, repleto de gente de vacaciones; pero en invierno es descolorida y lluviosa, y sólo se ven dos surfistas y algunos perros en la playa.

La casa donde nació Astiz -el 17 de noviembre de 1950- es una modesta casa de dos plantas de ladrillo y piedra blanca, ccoonn uunn balcón en balaustrada.

Su familia se había mudado seis años antes a otra parte de la ciudad, a un barrio de familias de oficiales navales jubilados. La nueva casa de la familia es moderna, con un jardín de rocas y una ventana decorada con cortinados orientales. La hermana de Alfredo, María Eugenia, una modelo con cabello largo y con reflejos, respondió a la puerta y llamó a su padre. Alftedo Astiz Sr., un hombre calvo con ojos brillantes, que vestía un suéter y pantalones de corderoy, vino a la puerta. Me cayó bien inmediatamente.

"No voy a hablar sobre Alfredo -dijo-. Realmente lo siento. Usted se tomó mucho trabajo para llegar aquí. Sólo por eso merece un mejor tratamiento." Y me invitó a entrar.

Nos sentamos en el sofá del living. "No podría decirle demasiado inclusive si quisiera -dijo-. Nunca le pregunté a Alfredo Ignacio acerca de lo que realmente pasó. Decidí dejarlo hablar cuando él quisiese. "

Comenzó a hablar acerca de los juicios en general. "Creo que la gente tiene una perspectiva equivocada -dijo-. Los juicios fueron inaceptables. Los indultos no deberían ser aceptados porque implican que algo se ha hecho mal. Los comandantes de la Junta fueron juzgados por cosas que fueron consideradas crímenes sólo después del hecho. ¡La justicia acá es un chiste! Mire lo que pasó con Alfredo. Fue encontrado inocente en un tribunal militar. Después lo volvió a juzgar un tribunal civil. Ellos sabían que era inocente. Realmente pusieron en juicio a las Fuerzas Armadas en su totalidad.

Astiz padre me dijo que se retiró de la Armada en 1915 como comandante del crucero "Belgrano". Vivió durante dos años en Washington --dijo- tomando cursos en el Colegio Interamericano de Defensa. "Pero nunca aprendí inglés. Alfredo habla un buen inglés porque cuando era chico lo mandarnos a tomar clases de inglés." A Astiz padre le gustaban los Estados Unidos pero temía que la gente allí no entendiera lo que había pasado en la Argentina.

Alfonsín -decía- no merecía la reputación que gozaba fuera de la Argentina. "Estaba rodeado de marxistas -dijo---. Voy a darle el beneficio de la duda. No sé si él mismo era marxista. Pero se dejó usar por la izquierda."

Llamamos a un taxi. "He hablado más de lo que debería -dijo-. Espero que entienda por qué no quiero hablar sobre Alfredo. Si usted vuelve en circunstancias diferentes, puede quedarse con nosotros, y todos podremos ir a la playa."

Cuando Alfredo Astiz era niño, sus compañeros de curso lo llamaban "Hermano marinero", porque hablaba sólo del mar. Cuando entró a la Escuela de Oficiales de la Armada, luego de la secundaria, fue como si estuviese siguiendo un destino predeterminado.

"Así trabaja la Marina", dijo Pilar. Pilar era la amiga de la infancia de Astiz en Bahía Blanca, una ciudad naval que está al sur de Mar del Plata, adonde la familia se mudó cuando Astiz era niño. "Los padres son oficiales de la Marina, de derecha, antiperonistas a muerte. Su actitud es elitista, con conciencia de clase y antisemita. Sus hijos fueron luego a la Escuela Naval, donde los profesores les decían que ellos debían dirigir el país."

Pilar -no es su verdadero nombre- también venía de una familia de la Marina. Creció pensando exactamente como Astiz hasta que escandalizó a su padre insistiendo en ir a la universidad, y allí descubrió que había en el mundo más de lo que Bahía Blanca le había enseñado. "Bahía Blanca es Disneyworld", dijo Pilar.

En Bahía Blanca los chicos van a las escuelas de la Marina en buses de la Marina, sus familias van a misa con curas de la Marina en iglesias de la Marina, pasan sus fines de semana en los clubes de la Marina, van a hospitales de la Marina o son enterrados en cementerios de la Marina. Si un marino dice una estupidez se burlan diciéndole: "No seas civil---. Las únicas opiniones que se escuchan o leen son opiniones de la Marina. "La misma gente es dueña de la radio, la televisión y los diarios -dijo Pilar-. Cuando es elegido un gobierno constitucional, ellos entran en duelo.

"Cuando hay un golpe, celebran".

"Una mujer que a los 24 años no está casada es una solterona. Si sale con muchos chicos, es una puta. Sus principios son muy estrictos respecto del sexo y la familia. Las hijas de las familias de la Marina se casan con jóvenes oficiales. Yo no sé por qué no se vuelven todos ciegos y retardados. Vivís para las apariencias. Es una religión de las apariencias. La mujer nunca estudia. Tu carrera es tu esposo, y vos sos un elemento decorativo. Allí hay un montón de gente muy infeliz."

Y los muchachos entran a la Marina, donde, desde los 15 años, olisquean las embriagadoras brisas saladas del prestigio y la majestad: el uniforme blanco, el barco haciendo un surco limpio en el agua, los puertos extranjeros. La Marina es una ciencia, tiene una historia. "El Ejército es para los brutos -dijo Pilar---. La Marina es como la diplomacia."

Las madres adoraban a ' Astiz. Pensaban qué lindo chico, y de qué buena familia. Políticamente, su familia era como el resto. "No se les debe haber ocurrido objetar lo que hizo Alfredo. Mi familia, por ejemplo, pensaba que era un héroe. Nosotros jodíamos con su reputación, decíamos que no podía tener un bebé en los brazos porque lo torturaría. Si hizo algo mal, ellos deliberadamente no lo querían saber. No eran indiferentes a lo que había hecho, lo apoyaban. De alguna manera, Astiz representaba a los oficiales jóvenes de la Marina. Si Alfredo cae, ellos saben que están en el mismo bote. En mi casa, si la gente era arrestada, decíamos 'por algo será'."

"Una vez le pregunté a Alfredo: ¿por qué era necesaria la tortura? Entiendo los secuestros, pero ¿por qué la tortura? Me dijo que así obtenés información rápida, antes de que otras personas se escapen. El estaba tranquilo con lo que había hecho."

Llamé a Jorge Sgavetti, el mejor amigo de Astiz. Sgavetti, hijo de un hombre de la Marina, trabaja en una agencia de publicidad. Vino a mi hotel para tomar un café. Era un hombre simpático y fuerte, con bigotes, vestido con un piloto de camello. Le dije que quería hablar con Astiz.

"Usted no es la primera periodista que intenta ver a Alfredo", dijo. Me hizo un cuestionario durante unas horas: quién era, si había votado a Carter, qué pensaba de Pinochet o qué pensaba de la lucha antisubversiva.

No me dijo nada sobre Astiz pero prometió llamarlo de mi parte. Estuve unos días en Bahía Blanca esperando su llamado, caminando por la ventosa llanura. Jorge finalmente me informó que no había podido encontrar a Astiz; probablemente, estaba en el mar o de vacaciones.

En la mañana del día en que tenía previsto dejar Bahía Blanca paré un taxi para que me llevara a Puerto Be1grano, la base naval que está a media hora de la

ciudad. La base está tapizada de césped y árboles. Entramos con Marito, el taxista. Estaba interesada en saber cómo vivían los oficiales de la Armada, así que fuimos a visitar algunas casas. Paramos enfrente de una casa donde una mujer estaba ocupándose de su jardín. Dijo que su problema más grande era tener que arreglarse con el sueldo de su marido, un oficial naval de rango inferior que llegaba a 140 pesos por mes. Pero había beneficios, decía: escuela privada para los chicos, un club social con courts de tenis y un campo de golf y un hospital. Dijo que tenía cáncer. Ella y su marido raramente abandonaban la base.
Fuimos a hablar con varias familias más. Supe que Astiz vivía en el primer piso de la casa de oficiales. ¿Estaba en su casa? Y si estaba, ¿podría pasar la guardia? ¿El me vería? ¿Qué hubiera pasado si sus superiores descubrían que una periodista estaba tratando de llegar hasta él? Decidí que era mejor esperar a Jorge para arreglar algo.
Cuando llegamos a la entrada para abandonar la base, un guardia preguntó por nuestros pases. "¿Pases?", dije. Nadie nos había detenido en el momento de entrar. El guardia llamó a la policía, que nos llevó hasta la comisaría. Primero nos interrogó un oficial muy menor, luego otro oficial no tan menor y después todavía uno menos menor. Finalmente nos separaron, pusieron a Marito en una habitación pequeña, y a mí me enviaron a la oficina de inteligencia. Me encontré con el teniente comandante Emesto Alcayaga, el jefe de Inteligencia, un hombre de cara redonda y sonriente. Miró mi pasaporte, tomando nota especialmente de las estampillas de Nicaragua. Me preguntó dónde vivía. Chile, le dije. "Con quienes nosotros casi entramos en guerra recientemente", me dijo en forma amable.

«¿Para quién trabaja?"

-Trabajo free-lance", dije.

-¿Y tomó un taxi hasta la base? Es caro tomar taxis cuando uno no tiene un empleador."

Le expliqué que los horarios del bus no me hubieran permitido llegar a tiempo al aeropuerto para el vuelo nocturno a Buenos Aires. Yo estaba muy contenta de que los encargados del equipaje en el aeropuerto de Bogotá hubieran robado hace poco tiempo mi cámara. También estaba contenta de haber tomado notas en inglés.

"¿Para qué vino a la base?"

No quería decirle nada sobre Astiz. "Estoy escribiendo un artículo sobre lo bajos que son los salarios militares", dije. Estaba tratando de recordar si le había dicho algo a Marito en el viaje, dado que habíamos hablado un montón. Suspiró. "Pienso que va a perder su vuelo", dijo.
Un hombre entró en la habitación. Habían estado interrogando a Marito. "No tiene documentos -aclaró-. Dijo que los dejó en el coche. ¿Voy con él a buscarlos?" Alcayaga asintió. Los oficiales llamaron a la compañía de taxis y también a un

negocio de alfombras que el taxista manejaba colateralmente, a fin de verificar su identidad.

Alcayaga me llevó afuera y me metió en un Ford Falcon naranja. "¿Por qué no me dice a quién visitó?", dijo.

Paramos en la casa de la mujer con cáncer. Su marido estaba en la casa. No parecían muy contentos de recibir la visita del jefe de Inteligencia. Pero la mujer dijo que yo había pasado unos diez minutos con ella y que sí, habíamos hablado sobre el problema de vivir con un salario militar. Alcayaga miró sorprendido. Nos llevó de vuelta a su oficina.

"¿Usted quiere saber cómo se hace para vivir con un salario militar? Pregúnteme", dijo. Saqué mi notebook y le hice algunas preguntas. Finalmente dije que no tenía más preguntas para él, y le pregunté si él quería hacerme alguna. Me dijo que no. "La próxima vez que usted quiera ser turista en una base naval -dijo- pida permiso. Hay un vuelo que sale para Buenos Aires esta noche, ¿Por qué no lo toma?"

Teminaron de interrogar a Marito y nos llevaron de vuelta a Bahía Blanca. El se rió y dijo que todo ese día le había parecido una aventura interesante. Le di una propina importante. Cuando llegué al aeropuerto esa noche, el teniente comandante Alcayaga estaba allí, esperándome. Me estuvo rnirando hasta que me puse en la cola para entrar al avión, con una pequeña sonrisa en la cara.

Las primeras Fuerzas Armadas argentinas eran bandas de gauchos al servicio de los terratenientes locales. El primer ejército nacional fue un equipo de voluntarios, tan desorganizados como mal abastecidos, que se congregaron sin la bendición del virrey español para defender a la Argentina, que todavía era una colonia, de las invasiones inglesas en 1808. Con la Independencia de 1816 se planteó la necesidad de tener Fuerzas Armadas reales. En 1869 se estableció la Academia Militan En 1873, Argentina compró sus primeros cañones Krupp, y a partir de ese momento Alemania se convirtió en su principal abastecedor de armas. Cuando Julio Roca, presidente argentino en el fin del siglo, decidió que quería un ejército profesional, se fijó en el ejército más exitoso del mundo en materia de entrenamiento, el ejército alemán. En 1900 se creó la Escuela Superior de Guerra. Cuatro de cada diez profesores eran alemanes. Los oficiales argentinos también iban a Alemania para estudiar.

"Nuestras reglas eran casi una traducción directa del alemán", dijo el coronel Luis Perlinger, que entró en la Escuela de Guerra en 1937. Cuando hablé con él, Perlinger tenía 67 años, estaba jubilado del Ejército y trabajando en un doctorado de Ciencia Política. Era hijo, nieto y bisnieto de oficiales militares argentinos. "Mi leche materna tenía sabor militar -dijo-. La conversación en la mesa era sobre tenientes y coroneles. Cuando era joven, soñaba con una muerte heroica, un clarín sonando y un féretro envuelto en una bandera."

Estábamos sentados en el estudio de Perlinger; las paredes estaban cubiertas de fotos de sus antepasados militares y su diploma del ejército de Franco en España. Le pregunté algo sobre la educación militar. "No había educación -respondió-. Era entrenamiento. La educación te da conceptos sobre el bien y el mal.

El entrenamiento produce robots. Yo estaba entrenado. Cuando uno entra en el ejército alemán, le dan un perrito. Cuando el perro está crecido, le ordenan

matarlo. Eso es entrenamiento. Esa es la razón por la cual había oficiales de la SS y por la cual en la Argentina los soldados sólo cumplían órdenes. "

"Nunca escuché a un oficial diciendo abiertamente que era pro nazi. Pero todos fuimos educados para ser antidemocráticos, antitrabajadores y antipopulistas. Si la gente no era de derecha, la convertían rápidamente."

La profesionalización en la Argentina también acarreó la politización. En un país que tenía un gobierno civil mucho más débil que el de Alemania, los militares comenzaron a creer que los civiles existían para servir a los propósitos militares. Las Fuerzas Armadas se convirtieron en un fuerte grupo de interés que presionaba por más armas, más ingresos y soluciones militares para los problemas de la Argentina. Hasta fines de la década del 20, el Ejército se ocupaba de su traba o tradicional, librando guerras para extender o proteger el territorio argentino. Pero cuando las guerras terminaron, los militares se encontraron desocupados. El nuevo Ejército "profesional" Argentino -disciplinado, entrenado a la europea, educado para pensarse a sí mismo como el salvador del país- comenzó a preguntarse por qué debía recibir órdenes de los civiles, que eran indisciplinados, que no eran ni profesionales ni entrenados en Europa, y que obviamente hacían un caos de la Argentina.

La Armada estuvo sujeta a influencias diferentes. Su fundador, el hombre que organizó las fuerzas navales argentinas para pelear en la guerra de la Independencia, fue Guillermo Brown, un irlandés. La Armada Real, considerada la flota más importante del mundo, se convirtió en el modelo argentino. Argentina compré sus buques a los británicos; su rival, Brasil, era cliente de Estados Unidos. A medida que se aproximaba la Segunda Guerra Mundial, Gran Bretaña, preocupada por su abastecimiento de granos y carnes, creó la Marina Mercante argentina. Pero Gran Bretaña no tenía la misma influencia en la Armada como la que tenía Alemania en el Ejército Argentino. Los oficiales navales no iban a Gran Bretaña para estudiar; los británicos no colonizaron a la Academia Naval Argentina. Las consideraciones políticas conservadoras de la Armada eran claramente el resultado de su composición social. En la Armada, repleta de miembros de la clase alta anglófila, los hombres se aislaban más en las bases o en los barcos. Ni en tierra ni en el agua se mezclaban con los argentinos comunes.

En 1928 Hipólito Yrigoyen fue electo presidente por segunda vez. Yrigoyen era el caudillo de la Unión Cívica Radical, el partido de los inmigrantes de la Argentina, llamado Radical por su lucha por el sufragio universal. El segundo período presidencia] de Yrigoyen marcó 14 años de poder ininterrumpido para los radicales, y la oligarquía se desesperaba por recuperar el control. Después, Yrigoyen comenzó a hablar acerca de la corrupción en las Fuerzas Armadas. Fue demasiado para los ya intranquilos e irritados militares. En 1930 el general José Uriburu, que había sido director de la Escuela de Guerra, derrocó a Yrigoyen y se convirtió en el primer dictador militar moderno en dirigir a la Argentina.

En su mensaje al pueblo argentino justificó el golpe como "una respuesta al clamor público contra la inercia, la corrupción administrativa, la anarquía en las universidades, la politización como primera tarea del gobierno, el descrédito internacional y las continuas acciones que denigraban a las Fuerzas Armadas".

Era el primero de los catorce golpes militares que la Argentina tendría que ver en los sesenta años siguientes.
Durante la Segunda Guerra Mundial los intereses económicos argentinos estaban con los aliados -Argentina vendía carne y granos a Gran Bretaña a precios exorbitantes- pero el corazón del gobierno estaba con el Eje. Además de los lazos militares con Alemania., Perón había sido agregado militar en Italia al comienzo de su carrera y nunca había ocultado su admiración por Benito Mussolini. Recién en marzo de 1945 la Argentina le declaró la guerra a Alemania, y lo hizo bajo la presión de Estados Unidos. Después de la guerra, con el ejército alemán demolido, el Ejército Argentino tuvo que buscar tutela en otros lados. Esa vez la faena recayó sobre los franceses, que llevaron a la Argentina un nuevo concepto militar: la contrainsurgencia.
En 1955 el teniente coronel Carlos Jorge Rosas, que por ese entonces estudiaba en Francia, volvió a la Argentina como director asistente de la Escuela de Guerra. A pedido de Rosas, Francia le envió dos tenientes coroneles. Durante los cuatro años siguientes, los franceses dieron clases de contrainsurgencia en la Academia Militar, instruyendo a los estudiantes que veinte años después formaron las juntas del Proceso. El fracaso de las fuerzas contrainsurgentes francesas para contener las revoluciones en las antiguas colonias de Argelia e Indochina no opacó el entusiasmo francés por la estrategia. Parecía lógico. A partir del momento en que el nuevo equilibrio nuclear volvió improbable la guerra convencional, el nuevo estilo de guerra era la revolución subversiva. De allí que la tarea para los dos bandos no fuera la derrota de un ejército enemigo sino la conquista física y moral de un pueblo. Los militares no debían pelear contra un poder externo sino contra una amenaza subversiva interna, la punta de lanza del avance universal del comunismo internacional. Era corno una doctrina mística con el aura de una cruzada medieval: "Debemos enfatizar que el carácter de este conflicto corresponde a las guerras religiosas del pasado: un carácter ideológico", leía Rosas en 1957. "Sus consecuencias probables: la supervivencia o la desaparición de la civilización occidental." Con apuestas tan altas, cualquier cosa inferior a una guerra total no era sólo un error: era un pecado. El enemigo no recibiría tregua alguna. Las leyes convencionales de la guerra no se podían aplicar.
A los líderes militares argentinos les fascinó la contrainsurgencia. En primer lugar, les daba trabajo. En su libro de 1964 La crisis del Ejército, el coronel argentino Mario Horacio Orsolini escribió que las teorías francesas llenaron el vacío producido por la casi completa desaparición de la posibilidad de una guerra entre nuestro país y sus vecinos". Y el comunismo era un enemigo mucho más dramático que Paraguay o Bolivia, una oscura fuerza todopoderosa que lentamente se tragaba a la humanidad. El manual de entrenamiento del Ejército de 1966 -lectura obligada para cualquier soldado- establecía su visión del mundo:
"El comunismo quiere destruir al ser humano, a la familia, a los padres, a la propiedad, al Estado y a Dios... No existe nada en el comunismo para unir a la mujer con el hogar y con la familia porque, al proclamar su emancipación, el comunismo la separa de su vida doméstica y de la crianza de los niños para arrojarla a la vida pública y la producción colectiva, igual que los hombres... El padre es el líder natural de la familia. La madre se encuentra a sí misma asociándose a su autoridad... De acuerdo con la voluntad de Dios, los ricos deben

usar su exceso para aliviar la miseria. El pobre debería saber que ni la pobreza ni el hecho de pasarse la vida trabajando constituyen un deshonor, como lo probó el ejemplo del hijo de Dios. Los pobres son los más amados por Dios".

Las doctrinas francesas también les dieron a los militares una razón para profundizar su participación en la política. No había campos de batalla, era una guerra total. Una guerra contra el enemigo interno significaba usar propaganda, operaciones psicológicas y la infiltración de grupos políticos. Los políticos, siempre considerados ineptos e ineficaces, eran ahora pensados como el enemigo o los engañados por el enemigo. Los civiles siempre estaban hablando sobre los temas del Norte-Sur, cuando los militares veían la amenaza real del Este; la ineptitud de los políticos estaba permitiendo a la subversión penetrar en la Argentina.

El capitán José Luis D'Andrea Mohr, ahora retirado, entró en la Escuela de Guerra en 1956, el mismo año que Rosas. "Nunca estudiamos el marxismo en profundidad -dijo-. Sólo lo estudiábarnos lo suficiente como para declararle la guerra. Empezábamos la instrucción viendo cómo combatir a las guerrillas revolucionarias -de las cuales no había ninguna en la Argentina-. Nos enseñaban que debíamos estar siempre en guardia, que el enemigo estaba en todas partes: peronismo ortodoxo o sindicatos combativos. Nos entrenaban para estar listos para tomar posesión de una planta de gas o de municipalidades cuando la revolución estallara. Hacíamos ejercicios, corriendo hacia. una estación de radio para tomarla -por supuesto, sin informar a la gente dentro del lugar---. Teníamos listas de nombres de personas, como directores de radio o gobernadores, que eran nuestro objetivo. "

En la fiesta de Año Nuevo de 1959, un joven abogado cubano con tres mil guerrilleros derrocó al dictador -apoyado por Estados Unidos- Fulgencio Batista, estableciendo lo que rápidamente se convirtió en un Estado comunista y confirmando todo lo que los militares argentinos sospechaban acerca de la necesidad de estar siempre vigilantes. La victoria de Fidel Castro también preocupaba a otro poder que anteriormente había mostrado poco interés en los militares latinoamericanos: Estados Unidos.

Estados Unidos había establecido la Junta Interamericana de Defensa y las escuelas de entrenamiento en la zona del Canal de Panamá y en su propio territorio después de la Segunda Guerra Mundial, pero estas escuelas nunca habían atraído demasiado la atención del Pentágono. De todas maneras, conmovido por Cuba, Estados Unidos adoptó en 1962 la estrategia contrainsurgente. Como su contraparte francesa, la doctrina norteamericana de la contrainsurgencia tenía un objetivo supremo: derrotar al comunismo. El comunismo internacional era visto como una enfermedad que podía afectar a cualquier nación del Tercer Mundo. "La lección contundente del conflicto en Indochina -dijo el general Maxwell Taylor, el entonces máximo oficial militar norteamericano, en un discurso de 1965- es que nunca debemos dejar que una situación como la de Vietnam aparezca nuevamente. Fuimos demasiado lentos en reconocer la extensión de la amenaza subversiva. Ahora sabemos que cada país en desarrollo debe estar constantemente en estado de alerta, buscando esos síntomas que, sí se les permite crecer de manera irrestricta, podrían eventualmente terminar en una desastrosa situación como la de Vietnam del Sur."

La versión norteamericana de la contrainsurgencia difería de la francesa en que acompañaba las acciones militares contra la guerrilla con intentos -a medias sinceros- de proveer una alternativa a la revolución; sinceros a medias porque las medidas importantes, como la domesticación de militares brutales, estaban prohibidas, ya que podían interferir en la lucha antiguerrillera. En la jerga estos programas eran conocidos como la construcción de la nación". El por entonces secretario adjunto de Estado para Asuntos Interamericanos, Nelson Rockefeller, escribió luego de una misión de investigación para el presidente Nixon en 1969 que la militar es---lafuerza esencial para el cambio social constructivo... la cuestión no es si hay democracia o no, sino encontrar orden". Los gobiernos civiles eran desordenados y ruidosos. No tenían líneas establecidas de mando. Era más fácil modernizar a los mil¡tares, de modo que Estados Unidos se dedicó a ello, creyendo que una fuerza militar moderna empujaría con ella al resto de la sociedad. Con la Alianza para el Progreso del presidente John F. Kennedy, los ejércitos locales se convirtieron en activos modernizadores, construyendo puentes, cavando caminos y edificando sus naciones.

La doctrina de la contrainsurgencia tuvo éxito solamente dos veces en la historia. Los británicos la emplearon para asfixiar una insurreción izquierdista en Malasia, y en Filipinas, dirigidos por el gurú de la contrainsurgencia norteamericana, Edward Lansdale, la usaron contra la rebelión Huk. Desde entonces, las variantes de esta doctrina fracasaron en todas partes: la francesa en Indochina y en Argelia, la de Estados Unidos en Vietnam y en El Salvador, y la de las tropas apoyadas por los norteamericanos en muchas otras naciones. A veces no sólo fracasaban sino que también expandían aún más la brutalidad, el estado de terror y la corrupción que alimentaba a los movimientos guerrilleros.

La paradoja de la contrainsurgencia norteamericana es que dentro de Estados Unidos los militares se comportan de una manera ejemplar. Las Fuerzas Armadas están completamente bajo poder civil. Los generales juegan un papel pequeño en la formulación de políticas. Nadie puede defender como argumento que un recorte en el presupuesto de defensa o la elección de un liberal presidente demócrata pueda provocar un golpe militar.

Pero cuando Estados Unidos entrenaba a los militares afuera, la relación cívico-militar que emergía era totalmente diferente. En parte, la diferencia aparecía porque, en la tarea de contener al comunismo, el trabajo de los militares norteamericanos tiene lugar fuera de sus fronteras, siendo que Estados Unidos no tiene ningún movimiento guerrillero por contener en su territorio. Pero los militares en los países clientes de los norteamericanos eran educados para contener insurgencias izquierdistas dentro de sus propias poblaciones. Y muchos eran ejércitos con largas historias de exagerado poder. El dinero y el tiempo desperdiciado en modernizar un ejército como el argentino reforzaba en el soldado la idea de que podía dirigir su país mejor que cualquier civil y de que sus lazos con Estados Unidos eran mejores que los de un civil. Cuando, en lugar del Ministerio de Obras Públicas, es el Ejército el que construye hospitales y cava los caminos, el mensaje para el soldado es claro: mientras los civiles vacilan, los militares construyen.

La doctrina de la contrainsurgencia no sólo alimenta las sospechas de las Fuerzas Armadas en su gobierno sino también en su pueblo. Consultado acerca de una

mujer que estaba en una silla de ruedas cuando fue capturada por los militares, el general Videla replicó: "Uno se convierte en terrorista no sólo matando con un arma o colocando una bomba, sino también llevando a otros hacia ideas que van contra nuestra civilización occidental y cristiana". La observación de Videla no es un gran salto respecto del aviso del general Taylor de que la subversión debía ser descubierta y amputada antes de que apareciese; los síntomas iniciales de la subversión también son conocidos como política.

"Entré a la Marina porque quería defender a la Argentina -me dijo el ex oficial Julio César Urién-. Yo era idealista. Pero el trabajo que me estaba destinado no era el que yo esperaba. En 1970, en lugar de entrenamos para defender las fronteras, éramos entrenados para ser un ejército de ocupación. La escuela era un constante machacar sobre los demonios del marxismo. Si querías alcanzar un alto rango, era mejor que tuvieras la ideología correcta. El enemigo era el peronismo, Estados Unidos no podía hacer nada malo. Todas las armas y los manuales venían de Estados Unidos. Los uniformes tenían la inscripción "USA en el bolsillo."

¿Cuánta de la guerra sucia era "Made in USA"? Formalmente, muy poca. En 1977, por encima de las objeciones del ex secretario de Estado Henry Kissinger, el Congreso norteamericano cortó toda ayuda a los militares argentinos a causa de las violaciones a los derechos humanos cometidas por la Junta. Históricamente, la Argentina ha sido el país latinoamericano más independiente de Estados Unidos, el que recibió en proporción a su tamaño el menor monto de ayuda militar y envió la más pequeña cantidad de oficiales a las escuelas de entrenamiento norteamericanas. Pero era una independencia relativa, pues entre 1950 y 1978 Estados Unidos dio 250 millones de dólares e invitó a 4017 soldados argentinos para entrenarse en Estados Unidos o en la zona del Canal de Panarná. Entre ellos estaban el general Videla, que asistió a la Escuela de las Américas en 1964, y el almirante Massera, graduado del Colegio Interamericano de Defensa en Washington en 1963.

Lo que aprendieron fue un tema de interminable mitologización en la izquierda latinoamericana. María del Rosario Caballero, de las Madres de Plaza de Mayo, me dijo sin reparos que los argentinos fueron a las escuelas de entrenamiento norteamericanas para aprender cómo se tortura. No era literalmente el caso, aunque ahora se sabe que un manual usado esporádicamente sobre un período de décadas sí recomienda el uso de la tortura psicológica y aún el asesinato en algunas situaciones. Los argentinos parecían sumamente capaces de inventar torturas por sí mismos, la picana es descendiente del punzón eléctrico autóctono aplicado al ganado en los grandes ranchos argentinos.

El papel de la Escuela de las Américas era más subrepticio. Su propósito, como el de otros programas de entrenamiento, era enseñar a los soldados extranjeros a usar las herramientas que Estados Unidos les daba. Estas herramientas no incluían solamente tanques y metralletas; los cursos más populares se centraban en otra arma de guerra: la estrategia contrainsurgente. Entre 1970 y 1975 hubo más soldados que fueron a "Contrainsurgencia urbana" y "Oficial de inteligencia militar" que a cualquier otro curso. Otras clases populares eran "Control de disturbios", "Guerra psicológica", "Contraguerrilla" e "Información pública". Aunque los cursos técnicos contenían dosis pesadas de contrainsurgencia, el resumen de "Mantenimiento de la automotivación de los oficiales" en 1969 habla de "falacias

de la teoría comunista, organizaciones de frentes comunistas en América latina y comunismo vs. democracia".
Si, de vez en cuando, los manuales oficiales de la Escuela de las Américas permitieron el uso de la tortura psicológica, frecuentemente los entrenadores iban más allá. "Nuestros instructores eran personas que habían estado en Vietnam", dijo Ernesto Urién, el hermano de Julio César, que estudió en la Escuela para las Américas mientras era oficial del Ejército Argentino en los 70. "El tema de la tortura aparecía en charlas informales, y ellos decían "hagan lo que deban para obtener lo que necesitan. Las herramientas que elijan, legales o ilegales, dependen de ustedes "
En el Pentágono, a los directores de los Programas de Educación y Entrenamiento Militar Internacional y a los supervisores de las escuelas de entrenamiento se les pusieron los pelos de punta frente a la acusación de que el programa era insensible a los derechos humanos. Spiro Manolas, un hombre grandote y paciente que dirige el EEMI, sonrió con cansancio cuando le saqué el tema: "Nuestros objetivos eran, primeramente, crear una relación entre Estados Unidos y los países latinoamericanos -dijo-; segundo, asegurar la operabilidad del equipamiento que se llevaban, y tercero, la atención puesta en los derechos humanos".
Le pregunté de qué manera se enseñaba el mensaje. Manolas me mostró un documento del EEMI que contenía viajes de campo para los estudiantes a empresas, bancos, diarios y estaciones experimentales de agricultura. "Ellos ven los progresos que hicieron aquí las mujeres y las minorías -afirmó-. He tenido gente que me dijo: 'No pensaba que Estados Unidos fuera una sociedad respetuosa de la ley, y acá veo gente que frena en los semáforos'. Entran al Pentágono y ven soldados negros en la puerta.
También ven un depósito con bóvedas abiertas en los que nadie roba nada. No necesitás un curso para eso. Se rebelarían si les diéramos clases de educación cívica. La gente dice 'he visto que la democracia puede funcionar'. No les podés decir 'ahora ustedes, colombianos, no le corten la cabeza a la gente'. Los habrás perdido." "Podría ser embarazoso -dijo Ralph Novak, el especialista en Latinoamérica que participó en la entrevista, No podemos acogotarlos. Sólo podemos mostrarles cómo nos comportamos.
Durante un rato, hablamos sobre si el EEMI corre el riesgo de fortalecer a los militares a expensas de los gobiernos civiles; después de todo, no hay equivalente civil para el EEMI. "No hay tiempo para entrenar civiles -dijo Manolas, Estoy de acuerdo con que el papel de los militares no es el de construir las instituciones de una sociedad. Es de desear que en su momento los civiles lo hagan. Por el momento, hay un problema inmediato que resolver."
"Yo uso la analogía de llamar a un bombero o a un decorador 'de interiores cuando tu casa se está incendiando---, dijo Novak.

Lo que les molestaba a los dos era que Estados Unidos cortó relaciones con los bomberos latinoamericanos precisamente cuando la llama estaba más caliente. "La actitud de Carter fue cortar con El Salvador, con Chile, con Argentina y con Somoza -dijo Novak-. Bueno, sos un violador de los derechos humanos. No trabajaremos contigo; no vamos a tratar de cambiarte. Esos países nos dicen,

'miren, ustedes hacen negocios con la Unión Soviética y con China. Nosotros somos sus amigos, y sólo porque tenemos un problema interno en el que probablemente hemos sido demasiado rudos, ustedes nos tachan'. Si hubiéramos seguido trabajando con Chile y con la Argentina, podríamos haber mantenido contactos con ciertos oficiales, limando los bordes y concientizado a la gente acerca de cómo son las cosas en Estados Unidos."

Ellos siempre regresaron a la idea de la amistad. El EEMI no podia haber enfatizado el tema de los derechos humanos porque habría entrado en conflicto con la principal prioridad de Estados Unidos: "crear una relación" con los militares latinoamericanos, como afirmó Manolas. En 1962, ante el Congreso, el secretario de Defensa Robert McNamara declaró: "No necesito subrayar el valor de tener en posiciones de líderes a hombres que tuvieron un conocimiento de primera mano sobre cómo hacen las cosas los norteamericanos y cómo piensan. Hacernos amigos de estos hombres no tiene precio para nosotros".

Le pregunté a Manolas cómo evaluaba su éxito el EEMI. Me mostró un álbum llamado "Entrenamiento Norteamericano Para Personal Militar Extranjero". El primer cuadro está encabezado por "Alumnos del EEMI que alcanzaron posiciones de importancia". En la parte inferior de la página se explicaba que incluía -Generales u oficiales de primer rango que lograron posiciones eminentes (por ejemplo, presidente o jefe de Estado, ministros de Gobierno, miembros del Parlamento, etc.)". En los once países de la región interamericana, 223 oficiales habían logrado pertenecer a este grupo, gente como Anastasio Somoza, Manuel Antonio Noriega y Emilio Massera. En otras palabras, mientras más golpes militares realizados por los alumnos, más éxito.

Pero Manolas y Novak parecían pensar que estos hombres irían a renunciar a sus creencias culturales de toda la vida después de una visita al periódico Telegraph and News de Macon, Georgia, como si "Sueño con Jeannie" y "The Cosby Show" no estuvieran ya en casi cualquier living latinoamericano, o como si los latinos no supieran ya de memoria esas idiosincrasias "gringas" como el debido proceso de la ley, que Estados Unidos podía permitirse porque no tenía que combatir contra la amenaza comunista. Y con algunas frases claves -sí, sí, ahora veo cómo la democracia puede funcionar- los latinos habrían engañado a los norteamericanos.

Estados Unidos se dejó engañar. Como dijo Manolas, los latinos no toleraban conferencias sobre derechos humanos. Pero hay maneras más subrepticias de hacer llegar un mensaje sobre el respeto a los civiles y, en lugar de esto, Estados Unidos parecía comunicar lo contrario: hay un mundo duro ahí fuera. Un hombre tiene que hacer lo que tiene que hacer. Los militares norteamericanos le dijeron claramente a los argentinos que los derechos humanos eran una política que debían vender durante las horas de trabajo. Pero en los cocktails, ellos se confesaban: "Entre usted y yo, está bien lo que están haciendo", contó el almirante retirado argentino Horacio Mayorga, recordando los días de la Junta. "Ellos decían 'rnaten a todos los guerrilleros que quieran, pero háganlo de modo tal que eso no provoque escándalo público'. Esa fue la promesa que hizo la primera Junta. Por supuesto,
en público decían exactamente lo opuesto. "

El general norteamericano Gordon Sumner, jefe de la Junta Interamericana de Defensa, pronunció un discurso en la Cámara Argentino-Norteamericana de

Comercio en octubre de 1977,en el cual apoyaba el levantamiento de las sanciones que Estados Unidos- le aplicaba a la Argentina. En privado fue más allá. "El mensaje que estuvo transn-titiendo Sumner era que Carter era un demócrata liberal y chiflado, una aberración tolerable porque pasaría rápido", dijo Jack Child, un teniente coronel del Ejército que ofició de traductor de Sumner. "Creía que sancionando a la Argentina por las violaciones de los derechos humanos estábamos ayudando a nuestros enemigos. Después de que Reagan fuera elegido, decía: 'Las cosas volverán a la normalidad"

Julio César Urién pudo ver una traducción de estas políticas en la práctica de todos los días en sus clases de la Marina en 197 1. "En setiembre de 1971 fui enviado a la ESMA, en Buenos Aires", dijo. "Eramos doscientos personas divididas en grupos de ocho, y cada uno de nosotros pasaba dos meses con un oficial diferente. Fue lo que luego se transformó en los departamentos de operaciones e inteligencia en la ESMA, Pienso que la idea era comprometernos personalmente. Actuábamos como paramilitares, aprendiendo cómo seguir a la gente, secuestrarla, y después cómo quebrarla."

¿Cómo la quebraban?

"Tortura -dijo-. Yo hice un curso de maniobras antisubversivas en Tierra del Fuego. Fui asignado para ser el jefe comunista. Hicimos ejercicios en los que realmente me torturaban con electroshocks, atándome a una barra y haciéndome el 'submarino' (poniéndome la cabeza bajo el agua). Después estudiaban mis reacciones. Nos enseñaron que la tortura es una forma moral de combatir al enemigo. Te aislaban de la sociedad. Traían a curas para que digan 'sí, está bien'. Tus fines de semana estaban restringidos. Si tenías un grado universitario, estabas contaminado; los estudiantes de pelo largo eran el enemigo. Algunos soldados tuvieron problemas aprendiendo a torturar. Se condicionaba a todos a pensar que si no se torturaba, uno era débil."

Cuando conocí a Urién, ya no estaba en la Marina. Había sido uno de esos soldados que tuvieron problemas para aprender a torturar. El padre de Urién había sido amigo de Perón, y fue educado en un hogar peronista. Quizá por esto o porque no venía de una familia militar, Urién se apartó, y muy lejos, de la educación que recibió en la Marina. Cada vez más desilusionado con la escuela militar, a principios de los 70 se unió secretamente a los Montoneros. Cuando Perón volvió de su exilio en España a la Argentina, el guardiamarina Julio César Urién lideró un abortado levantamiento pro peronista junto a quince jóvenes oficiales navales. Pasó los siguientes ocho años y medio en prisión y fue liberado cuando Alfonsín llegó a ser presidente.

Urién era el prisionero, sus compañeros eran sus carceleros. Entre sus companeros estaba Alfredo Astiz. "Astiz era una buena persona --dijo Urién-. Era un buen jugador de rugby y siempre tenía buenas notas. Tenía una tremenda admiración por Estados Unidos. Siempre iba por encima y más allá del llamado del deber. Si yo me hubiese quedado ahí, habría terminado como él. Es un producto de la política, un cumplidor creyente de las órdenes. No está en los bordes de la Marina. El es la Marina."

Si la brutalidad militar era el producto de años de adoctrinamiento metódico, la de los Montoneros, el principal blanco de los militares, parecía ser la espontánea expresión de un enojo salvaje e informe. Los argentinos dicen que, para alguien

que no es argentino, es virtualmente imposible entender a los Montoneros e igualmente lo es para muchos argentinos. Incluso algunos de los mismos montoneros, mirando hacia atrás, se maravillan de la rabia del movimiento, o bronca, como lo llaman los argentinos, y de su vengatividad. Pero la irracionalidad de los Montoneros era el resultado enteramente racional de años de bronca en la política argentina, de una gran tradición de intolerancia, de crueldad y de resentimiento.

Los santos patronos de los Montoneros fijaron el tono. El general Perón había sido agregado militar en la embajada argentina en Roma a principios de los años 40. Cuando volvió a la Argentina, se unió a los organizadores de un golpe militar en 1943 y se convirtió en ministro de Trabajo. Enseguida se apropió del movimiento sindical en pleno desarrollo, construyéndolo sobre líneas fascistas, convirtiéndolo en la base de su poder personal. Luego de que Perón fuera elegido presidente en 1946, edificó un Estado corporativo con los trabajadores en su base, creando nuevos sindicatos y expandiendo los ministerios y las empresas del Estado con los fondos que la Argentina había acumulado durante la Segunda Guerra Mundial. Bajo el gobierno de Perón, la Argentina se convirtió en un jardín de invierno, con un importante sector manufacturero aislado por uno de los más altos niveles de protección en el mundo. Los terratenientes que habían controlado la Argentina miraban con horror cómo Perón los excluía mientras les abría las puertas a los trabajadores inmigrantes del interior del país.

Evita, la esposa de Perón, era una hija ¡legítima de una familia pobre de las pampas que se tiñó el pelo de rubio y se convirtió en una actriz de radio en Buenos Aires. Como primera dama, pronunciaba discursos amenazando con incendiar el rico Barrio Norte de Buenos Aires. Estableció su propia fundación, donde se sentaba a veces 20 horas al día, regalando máquinas de coser, bicicletas, juguetes o dinero a sus agradecidos y lagrimeantes peticionarios.

Juntos, los Perón presidieron los últimos años buenos de la Argentina. En los 30 Argentina era el quinto país más rico del mundo, con un ingreso per cápita en 1937 equivalente al de Francia, y con más autos per cápita que Gran Bretaña. De todos los europeos, sólo los suizos y los húngaros tenían más médicos por persona que los argentinos.

Evita Perón, en su viaje triunfante por la Europa de posguerra, firmó acuerdos para donar ayuda alimenticia a Italia y a España. En 1949, la Fundación Eva Perón entregó dinero a los pobres de Washington, D.C. Después de Perón, la Argentina pasó a formar parte del Tercer Mundo, con la industria estancada por el proteccionismo, su sociedad polarizada y su caída nutrida por la ineficiencia, la corrupción y la demagogia de las cuales Perón era enormemente responsable, por haberlas institucionalizado. Perón sólo tuvo éxito en la imitación de la censura y de la intolerancia fascista. La disciplina y la eficiencia se le escaparon; era un Mussolini que no podía hacer que los trenes funcionaran a horario. Pero los argentinos todavía viven de la embriagadora memoria de los días de Perón.

Perón fue derrocado en 1955 por un golpe, y el peronismo fue proscripto; pero el pueblo no lo había olvidado. En 1973 Perón retornó de su exilio en Madrid para ser elegido presidente; pero para entonces era un hombre senil y conservador que lideraba una administración vacilante, y murió luego a menos de un año de haber asumido. Dejó al país en manos de suvicepresidenta, María Estela (Isabel)

Martínez de Perón, la mujer con la que se casó después de la muerte de Evita. Isabel era una bailarina treinta y cinco años menor cuando la conoció en el bar Happy Land, en la ciudad de Panamá. El poder, durante su administración, estuvo en manos de un Rasputín, José López Rega, que era su secretario privado y su brujo personal. El gobierno se vio rápidamente consumido por el caos, por la corrupción y por un 700 por ciento de inflación anual. El peronismo había fracasado, pero la gente todavía no olvidaba a Perón.

Evita había muerto de cáncer a los treinta y tres años, la misma edad que Jesús, según me recordó una mujer en una de las conmemoraciones anuales de su muerte. Después de su muerte, el sindicato de los trabajadores de la alimentación envió un telegrama al papa Pío XII pidiendo su canonización. La idea fue desechada por el Papa pero prendió en la Argentina; a finales de los 80 los argentinos todavía tenían colgados de sus paredes llamativas fotografías pintadas de los Perón, medallitas de Evita abrochadas en sus suéters, y comnemoraban el segundo exacto de su pasaje a la inmortalidad. En algunos libros escolares estaba pintada con un halo, y un texto de segundo grado ofrecía la siguiente oración: "Nuestra mamita que estás en el cielo... Hada madrina que ríe entre los ángeles... Evita, te prometo que seré bueno".

La obsesión argentina con los Perón bordea la necrofilia. El general Pedro Eugenio Aramburu, que ayudó a derrocar a Perón, robó el cuerpo de Evita y lo envió fuera de la Argentina. El primer crimen espectacular de los montoneros fue la ejecución de Aramburu, en parte como venganza por el secuestro del cadáver de Evita. En junio de 1987 alguien rompió las puertas del mausoleo que guarda los restos de Juan Domingo Perón en el cementerio de la Chacarita, bajó hasta el segundo nivel, traspasó el vidrio de seguridad, hizo un hueco en uno de los lados del féretro, y cortó las manos de Perón. Una carta enviada a los líderes peronistas pedía un rescate de ocho millones de dólares, y una carta de Isabel, que había sido enterrada con Perón, se incluía en la carta del rescate. Los peronistas llamaron a un día de duelo. Hubo una huelga nacional de cuatro horas y una suspensión del tránsito.

Los ídolos de los montoneros no eran los Perón de carne y hueso sino los Perón del mito. Los Perón reales era cualquier cosa menos revolucionarios. La estrategia de Evita para el cambio social consistía en darles limosna a aquellos que venían a pedirla. En su segundo período, Perón era un derechista titubeante que nunca quiso recibir a los líderes de la Juventud Peronista. Pero durante ese período los Montoneros cerraron sus ojos ante los repetidos desaires de Perón y ante su tolerancia por los escuadrones de la muerte de derecha de López Rega. Continuaron llamándose a sí mismos "los soldados del verdadero Perón".

Los montoneros tomaron su nombre de las bandas de combatientes irregulares en la guerra de la Independencia argentina. Los líderes de la organización, y notablemente Mario Firmenich, venían de un grupo de estudiantes católicos de derecha. Su ideología era más turbia que la de Perón. Montoneros se formó en 1968 con un anuncio de un grupo en gran parte constituido por estudiantes que seguían una doctrina de "origen nacionalista, justicialista (nombre formal del peronismo) y cristiana". Lo que parecían querer era vago: "libera?' a la Argentina del imperialismo y la oligarquía, aunque no eran marxistas ni tenían lazos con organizaciones o países extranjeros. En 1970, cuando el partido tenía

probablemente sólo veinte miembros, irrumpieron en la escena nacional con el secuestro y asesinato del general Aramburu.
Ayudada por la publicidad de la muerte de Aramburu, el ala política de Montoneros organizó o se apropió de frentes como la Juventud de Trabajadores Peronistas, la Federación de Estudian~ tes Secundarios y la Juventud Universitaria Peronista, que recibió el 44 por ciento de los votos en las elecciones estudiantiles de la Universidad de Buenos Aires en 1973. Por ese entonces Montoneros podía concentrar a cientos de miles de jóvenes en las asambleas políticas.
Los montoneros también crearon un "Ejército del Pueblo", un espejo preciso del espíritu del ejército al que se oponían. Tenían sus rangos, estaban organizados en pelotones, columnas y companías, y el disenso o la debilidad eran considerados como una
traición. Si un miembro hablaba, aunque fuese bajo la más brutal de las torturas, él o ella podían ser condenados a muerte por un consejo de guerra montonero. Eran fanáticos mesiánicos; el eslogan de la Juventud Peronista era "Al enemigo, ni justicia". Al principio las acciones de los montoneros y las de sus aliados trotskistas del Ejército Revolucionario del Pueblo estaban generalmente dirigidas contra la propiedad. Asaltaban bancos u otros símbolos de la sociedad burguesa. Las pocas personas que ellos mataban eran soldados o policías conectados con los derechistas escuadrones de la muerte. En setiembre de 1974 lograron secuestrar a Jorge Born, director de la multinacional argentina de granos Bunge y Bom, y a su hermano Juan, el gerente, y mataron a dos personas que pasaban. El secuestro fue el más ventajoso de la historia mundial: los montoneros se fueron con más de seis millones de dólares, más camiones de ropa y comida para los habitantes de las villas y nuevos contratos para los trabajadores de Bunge y Born. Pero cada año la violencia montonera se volvió más indiscriminada .
De todas maneras, no eran los montoneros los responsables de la mayor parte de la violencia en Argentina. Hacia 1974, los derechistas escuadrones de la muerte, algunos sostenidos por el secretario de Isabel Perón, López Rega, estaban matando más gente que las guerrillas izquierdistas. Al año siguiente el Ejército aniquiló al Ejército Revolucionario del Pueblo, que nunca tuvo más que quinientos o seiscientos guerrilleros.
Montoneros era más fuerte, con no más de cinco mil soldados (la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos usa la cifra de mil quinientos), pero no controlaba ningún territorio y hacia el final del gobierno de Isabel Perón estaba perdiendo apoyo político. Lo que es más importante es que existe una considerable evidencia de que Mario Firmenich, el líder de los montoneros, estaba sirviendo a dos señores, siendo el otro el Ejército argentino.
Martin Edwin Andersen, un reportero que vivió en la Argentina durante cinco años, construye la siguiente argumentación para apoyar la hipótesis de la doble vida de Firmenich. Primero, los montoneros reivindicaron como propios dos asesinatos muy impopulares -y, de hecho, cometidos por los escuadrones de la muerte de López Rega- que les hicieron perder apoyo público. Segundo, la conferencia de prensa que Firmenich mantuvo cuando el secuestrado Jorge Born fue liberado tuvo lugar en una casa clandestina y segura que en realidad pertenecía al servicio de in' teligencia del Estado. Tercero, Firmenich fue el único líder montonero que sobrevivió a la destrucción de tres grupos diferentes de líderes montoneros en los

años 70. Cuarto, el Ejército capturó en la calle a la esposa embarazada de Firmenich en julio de 1976 y, en una completa inversión de su política normal, la colocó en una cárcel para presos comunes, liberó a su hijo cuando nació y guardó el secreto de su captura durante cinco años. Quinto, los únicos jefes montoneros asesinados fueron los del ala marxista del partido, no los del ala católica de Firmenich. Sexto, las operaciones militares que Firmenich ordenó en los últimos años fueron misiones suicidas para los jóvenes cuadros que las llevaron a cabo. (Un ejemplo: Firmenich hizo una conferencia de prensa pública en 1979 en homenaje a los militantes montoneros, quienes aparecieron ante las cámaras en uniforme. Un mes después él los envió "clandestinamente" al interior de la Argentina, donde, por supuesto, fueron inmediatamente atrapados y asesinados.) Finalmente, Andersen dice que habló con un oficial de inteligencia norteamericano que tuvo contacto frecuente con los manipuladores de Firmenich en la Argentina militar.

La guerra sucia había terminado incluso antes de empezar. Cuando la Junta tomó el poder, el Ejército Revolucionario del Pueblo había sido aniquilado y los montoneros, domados, quebrados y probablemente infiltrados en el nivel más alto. La guerra de la Junta no era una guerra; era pura y simplemente represión. De 1969 a 1979, según La Nación, los terroristas de izquierda mataron a 790 personas. De 1971 a 1979 las fuerzas del gobierno o los paramilitares asesinaron o hicieron desaparecer al menos a 10.483 personas, la suma de los casos reportados en Nunca más y las muertes en supuestas batallas reportadas en los diarios. Sólo en el mes de noviembre de 1976 poco menos veinte personas fueron asesinadas por la izquierda, mientras que seiscientas fueron asesinadas o desaparecidas por la derecha. En todo el período de la guerra sucia la Marina perdió once hombres: seis oficiales y cinco alistados. En la ESMA, donde cerca de 4500 prisioneros murieron, el grupo de tareas 3.3.2 perdió un marino.

La izquierda nunca fue una amenaza seria, y los militares lo sabían. Una directiva escrita por Videla seis meses antes del golpe estimaba los miembros del Ejército Revolucionario del Pueblo entre 430 y 600. En abril de 1977 la Junta estimaba que la fuerza de Montoneros estaba entre las 2843 y las 2883 personas. Un año más tarde un memorándum interno de la Junta se refería a la "virtual aniquilación de las organizaciones subversivas con la pérdida de aproximadamente el noventa por ciento de sus cuadros". Y la represión continuaba. La Junta exageró la amenaza montonera para tener una excusa para aniquilar a la izquierda argentina no violenta.

A pesar de que el caos de Argentina en los meses previos al golpe fue en gran parte un caos de derecha, los militares una vez más escucharon el llamado para entrar. El gobierno de la Junta empezó con el acostumbrado anuncio que había sido difundido y repetido en la radio con cada golpe militar desde 1930. El general Videla dijo el 25 marzo de 1976, un día después del golpe:

"Las Fuerzas Armadas han asumido la dirección del Estado en cumplimiento de una obligación ante la cual no se pueden echar atrás. Lo hacen sólo después de una calma reflexión acerca de las irreparables consecuencias para el destino de la nación que senan causadas por la adopción de una instancia diferente.

"Durante el período que comienza hoy, las Fuerzas Armadas desarrollarán un programa, gobernado por modelos claramente definidas por el orden interno y el

trabajo duro, por la observancia total de los principios morales y éticos, por la justicia, por la organización integral del hombre y por el respeto a sus derechos y de su dignidad... y la tarea de erradicar, de una vez y para siempre, los vicios que afectan a la nación."

La razón era la misma, pero este golpe era diferente. Los golpes previos habían sido el trabajo de caudillos carismáticos que llenaban sus gabinetes de civiles. Este golpe fue dirigido por un grupo de hombres incoloros -Massera era la excepción- que llevó al poder a las Fuerzas Armadas en su conjunto. Lo que también era nuevo era su ferocidad, sin rival en Sudamérica en todo el siglo. "Primero tenemos que matar a todos los subversivos -decía el general Ibérico Saint Jean, que fue gobernador de la provincia de Buenos Aires-, luego a sus simpatizantes; después a aquellos que son indiferentes; y finalmente, debemos matar a todos los que son tímidos."

Como los subversivos reales estaban en gran parte muertos en el momento del golpe, los militares se volvieron contra líderes sindicales, intelectuales, líderes estudiantiles, y algunos curas y monjas progresistas. Mataron a estudiantes secundarios que, como simpatizantes montoneros, manifestaron por un boleto estudiantil más barato. Encarcelaron a Adolfo Pérez Esquivel mientras era nominado para el premio Nobel de la Paz que recibió en 1980. A Orlando Yorio, un cura izquierdista, le dijeron dentro de la ESMA: "Usted no es un guerrillero, no está implicado en la violencia, pero no se da cuenta de que cuando va a vivir a una villa, está juntando a la gente, está uniendo a los pobres, y unir a los pobres es subversión".

El padre Yorio no era el único cura en la ESMA, pero era uno de los pocos que no estaba en el staff. "Cuando teníamos dudas, íbamos con nuestros consejeros espirituales, que sólo podían ser miembros del vicariato castrense, y ellos ponían nuestra mente en paz", le dijo el almirante Horacio Zaratiegui a una revista. La Iglesia Católica argentina confirmó la convicción militar de que combatir a los izquierdistas era tarea del Señor. Quizás esto no era sorpresivo en un país cuyo gobierno todavía aprobaba las designaciones de nuevos obispos y les pagaba un sueldo equivalente al ochenta por ciento del salario de un juez federal, un país en el cual el nuncio papal citaba a Santo Tomás para bendecir a las tropas del Ejército.

Los curas observaban las sesiones de tortura y ayudaban en las desapariciones. Había más de ochenta obispos en Argentina, y más o menos cuatro se opusieron públicamente a la represión; uno de ellos, Enrique Angelelli, fue asesinado en b que se probó como un accidente automovilístico planeado. El pensamiento de la mayoría de los obispos podía ser fácilmente confundido con la perspectiva de la Junta. "¿Desaparecidos? -decía el cardenal Juan Carlos Aramburu-. Las cosas no deben mezclarse. ¿Usted sabe que hay algunas personas 'desaparecidas' que hoy están viviendo cómoda y tranquilamente en Europa?". O el obispo de Salta, Carlos Mariano Pérez: "Las Madres de Plaza de Mayo deben ser eliminadas". O el arzobispo de La Plata Antonio Plaza, que en 1985 decía que los juicios a los miembros de la Junta son "una venganza de las fuerzas subversivas y una basura... Escomo Nuremberg al revés, donde los criminales están juzgando a quienes derrotaron al terrorismo".

Quizá sea un principio de la naturaleza humana que la gente que hace preguntas sobre una guerra raramente es la que gana. Ciertamente, los oficiales de la Marina que conocí no parecían tener muchas dudas, al menos públicamente. "Estoy muy contento de que me haya llamado -me dijo el almirante Mayorga por teléfono-. En Estados Unidos y Europa hay muchos malentendidos sobre la guerra antisubversiva. Siento que las únicas personas que la entienden son las personas que la vivieron los argentinos." Me invitó a que lo visitara a su casa para poder explicarme cómo fue la guerra.

Mayorga se retiró de la Marina en 1973 y hoy pasa los días criando abejas. Su casa está repleta de muebles adornados y alfombras orientales, pero el hall de entrada está bloqueado por tres mesas de picnic cubiertas con plástico brillante; el jardín de infantes vecino usa su casa como comedor todos los días. El mismo, según dijo, había sido presidente de la Asociación de Padres en la escuela de sus hijos. "Esta no es una república bananera -dijo, mientras nos establecíamos en su living con tazas de café fuerte-. La gente habla de nosotros como si fuésemos salvajes africanos. Hablan como si no fuéramos personas."

¿Por qué era necesario torturar?, le pregunté.

"¡Teníamos que pelear como peleaban ellos! -dijo-. Los norteamericanos lo hicieron en Vietnam; los franceses, en Argelia. La guerra contra la subversión no podía ganarse sin. tortura. Cuando el avión con los jugadores uruguayos de rugby cayó en los Andes, tuvieron que comerse a los muertos", prosiguió. "No eran caníbales, pero comían para vivir. Nosotros también comimos para vivir."

"Más de una vez vomité luego de ver cosas horribles. Eramos condenables. Matábamos a la gente sin juicio previo, aunque sabíamos igualmente que eran guerrilleros. Pero sabíamos también que los jueces los dejarían libres. No podíamos pedirles permiso a los jueces para hacer un allanamiento en un bastión guerrillero. Es terrible estar torturando seres humanos, pero lo hicimos para que otros no sufran más. Como un buen cristiano, tengo problemas de conciencia. Un general francés dijo que, si usted quiere combatir a la subversión, tiene que meterse en el barro y ensuciarse; si no, abandonar la lucha. Debemos condenar la tortura. El día que dejemos de condenar la tortura (aunque hayamos torturado), el día que seamos insensibles a las madres que perdieron a sus hijos guerrilleros -aunque fueran guerrilleros- será el día en que dejemos de ser seres humanos."

Lo que es importante, dijo Mayorga, es que la Marina combatió como si fueran gentlemen. "La imagen de la mujer que fue violada, de los muchachos que robaban o de las torturas indescriptibles eran mentiras. ¿Por qué los soldados habrían violado?.

Las mujeres estaban sucias; hacía mucho tiempo que no se bañaban. Los hombres no tenían necesidad de violar. Estaban peleando aquí, en Buenos Aires, con un montón de mujeres alrededor.

No había robos. Si un grupo de hombres encontraba una maleta y descubría que contenía medio millón de dólares, eran devueltos hasta el último dólar. Las maletas irían en un lugar, las llaves en otro. ¡Somos oficiales de la Marina! No vamos a ensuciarnos por un reloj de oro. "

Derivé la conversación hacia Astiz. Un militar que es juzgado por un tribunal militar debe tener, además de su abogado, un defensor que habitualmente es un respetado oficial retirado. Para su juicio, Astiz había elegido a Mayorga, que

aceptó con entusiasmo y ofreció su living como cuartel para la preparación de la defensa de Astiz.
Mayorga hablaba de Astiz como si fuera su hijo. "Las mujeres estaban locas por Alfredo, porque era simpático y atractivo. Pero cortó con su novia cuando todo esto empezó, diciéndole 'no quieras casarte conmigo. Me van a matar'. Había estado varias veces en mi casa y siempre decía que sólo iba a vivir algunos años rnás."
Cuando Astiz y sus abogados militares se encontraban en la casa de Mayorga, el oficial más joven hacía los mandados. Ese era Astiz. Un día, viniendo del almacén con dos botellas de Coca-Cola, uno de los hombres lo miró y exclamó "¡aquí está, el ángel de la muerte!". Los demás miraron al soldado con cara de bebé cargando las botellas de Coca y se rieron.
"Ese mismo día, mientras se iba -me dijo Mayorga- Astiz me llevó aparte y me dijo 'quiero agradecerle mucho el haberme invitado aquí. Usted salió de su confortable retiro para defenderme. No cualquiera lo haría'. Yo le respondí 'de ninguna manera, vos estabas en la calle arriesgando tu vida para que la gente no me matara' ,
"Usted sabe -me dijo Mayorga-, tengo amigos que son de izquierda. Disfruto hablando con ellos. No tengo nada contra los izquierdistas que luchan con ideas."
Pero parecía no haber nadie que cayera en esta categoría. Las Madres de Plaza de Mayo, decía, llevaban armas. Las monjas eran terroristas -no izquierdistas sino terroristas- ¿Por qué se las llevaron a ellas y no a otros que trabajaban ahí? El Centro de Estudios Legales y Sociales, altamente respetado por su trabajo por los derechos humanos, era "la fachada legal de la izquierda revolucionaria". Hasta el gris y sobrio presidente Alfonsín era sospechoso. "Hay quien dice que es marxista. Yo pienso que es ingenuo. Tiene a un montón de montoneros entre sus consejeros. Su política es sembrar el odio, diciendo que todos nosotros somos asesinos".
¿La prensa? "No me haga hablar", dijo Mayorga. Los europeos eran los peores, pero los norteamericanos eran casi igual de malos. "Los periodistas sólo entrevistan a las Madres de Plaza de Mayo -dijo-. Nunca intentan entender lo que realmente pasó."
"Yo quiero entender lo que pasó." Le dije que quería hablar con oficiales militares, especialmente de la Marina, sobre los cuales había escuchado muchas historias cuya veracidad era difícil de determinar. Mayorga lo pensó un rato. "Puedo presentarle a alguien que trabajó en la ESMA -me dijo-. Llámeme la semana que viene. "
Cuando lo llamé, me invitó a volver a su casa el martes siguiente a las cinco de la tarde. Me dijo que alguien me estaría esperando.
Me pidió que lo llamara Jorge y nunca supe su nombre real. Era un teniente en servicio activo y no le había pedido permiso a su superior para verme. Era un hombre de más de cuarenta años, de estatura mediana, ligeramente calvo, con mejillas pesadas y orejas largas, que estaba vestido con una camisa azul y una corbata roja. Al principio parecía nervioso. Había calculado mal el tiempo de viaje y había llegado unos minutos más temprano, así que había estado caminando por el barrio -había una ligera llovizna- hasta la hora de la entrevista. Pero a medida que empezó a hablar, sus nervios desaparecieron.

Me dijo que respondería cualquier pregunta que yo le hiciese en forma honesta, y que si no podía responder, diría simplemente "sin comentarios". Fumó durante toda la conversación, que duró tres horas. Habló bien y era agradable e inteligente.
Jorge dijo que había servido en la ESMA desde 1977 a 1979, habiendo entrado en el grupo de tareas 3.3.2 como teniente, y que en distintos momentos había trabajado en las tres ramas: operaciones, inteligencia y logística. Había sido el superior inmediato de Alfredo Astiz.
"Según la propaganda -dijo-, éste fue un gobierno militar que reprimió a sus adversarios políticos. Eso es falso. Fue una guerra contra una organización guerrillera armada, la organización terrorista más poderosa del mundo, que tenía quince mil militantes y otros treinta mil simpatizantes en las universidades. Esto es muy importante. Si usted no lo mira como una guerra, no tiene sentido. Teníamos que luchar en el campo enemigo. Si el enemigo estaba en las calles con ropas de civil, ahí era adonde teníamos que ir."
Le pregunté acerca de su trabajo en la ESMA. "Estábamos llenos de ofertas de gente voluntaria para participar, hasta oficiales retirados -dijo-. Todos vivíamos allí, veinticuatro horas al día. Era como ir al mar durante cuatro meses. Los guerrilleros eran fanáticos. Vivían para la guerra. Teníamos que hacer lo mismo."
"Quisiera saber algo sobre la tortura dentro de la ESMA", le dije.
Jorge me miró. Estaba callado. Luego, el almirante Mayorga interrumpió. "La semana pasada, le dije exactamente a la señora Rosenberg por qué habíamos sido forzados a usar la tortura para obtener información rápidamente", dijo. Jorge miró a Mayorga.
Respiró profundamente. "Para comprender por qué necesitamos usar la tortura, usted tiene que entender cómo trabajaba el enernigo", comenzó. Después entró en un largo discurso sobre la estructura de las células montoneras, enfatizando su disciplina.
"Si a las nueve y media de la noche uno de los montoneros no había llegado a su casa, su compañero tomaba las armas, los documentos y el dinero, y se iba, incendiando lo que no se podía llevar. Ibamos al día siguiente y no había nada. Si un montonero no hablaba con un contacto predeterminado durante dos días seguidos, la organización lo daba por muerto. Podríamos haber capturado a un guerrillero y no tocarlo, confiando en que la razón prevaleciera en él en cosa de una semana y en que nos dijera todo. Pero él sólo hubiera mirado su reloj y hubiera sonreído, diciendo 'qué hora es'. Unas horas más y nosotros habríamos perdido. Su compañera habría huido y su organización habría sido disuelta. Trate de combatir esto con la Convención de Ginebra. Si usted les leía los derechos de Miranda (como lo hace la policía en Estados Unidos a sospechosos capturados), se hubiera muerto de risa.
"Que violábamos, que torturábamos a la gente con cigarrillos encendidos, esas son todas mentiras. Lo que hicimos fue usar electroshocks a alto voltaje y aplicados a las piernas. La gente no lo podía soportar, y no genera daño permanente. Muchas personas decidieron colaborar incluso sin tortura, una vez que vieron cómo actuábamos y cómo los tratábamos, que éramos oficiales de la Marina y no salvajes, que los militares no son diablos con caras de nazis. Todavía tengo amigos entre los ex prisioneros.

Soy el padrino de un hijo de un prisionero. "
¿Usted torturaba personalmente?", le pregunté.
El asintió. "Fue horrible -dijo, El prisionero estaba acostado, y yo tenía que interrogarlo. Me sentía destruido. Cuando uno piensa en el 'enemigo', es algo despersonalizado. Pero no es así... Uno tiene que acostumbrarse."
"Al principio, le seré honesto, nos fue muy difícil acostumbrarnos a torturar. Somos como cualquiera. La persona a la que le gusta la guerra está loca. Todos hubiésemos preferido luchar en uniforme, una lucha entre gentlemen donde todos más tarde salen a cenar. Lo último que deseábamos era interrogar. Con las otras ramas del servicio era diferente. La policía interrogaba con una rabia insalubre. Pero ellos tienen un nivel humano e intelectual menor al nuestro."
"¿Estados. Unidos le enseñó cómo torturar en la Escuela para las Américas?", le pregunté.
Jorge se rió. "La Escuela de las Américas fue inútil -dijo-. Teníamos que aprender cómo hacerlo a medida que lo hacíamos.
Yo leí un montón acerca de los métodos franceses en Argelia.
Eso ayudó un poco, "
Estaba orgulloso de lo que habían inventado y contaba la historia como si estuviera narrando un thriller. "Cuando agarraba a alguien, no le preguntaba '¿sos un guerrillero?". Le decía sos un guerrillero. Tu jefe es este tipo. Vos vivís en esta dirección. Ahora habláme de Juan y María'. El, por supuesto, no decía nada. Pero cinco minutos más tarde le mostrábamos a Juan y María, que estaban vivos y trabajando para nosotros. Eso lo destruía psicológicamente hasta el punto de darse cuenta de que su colaboración era inevitable."
"Pero seguro que ocasionalmente cometían errores -le dije, Murió mucha gente inocente."
"En la primera fase de la guerra cualquiera que era capturado era ejecutado --dijo, prendiendo otro cigarrillo, Sabíamos que, si los poníamos frente a los tribunales, pedirían todas las garantías de¡ sistema al que estaban atacando. Habrían sido liberados." Pensó un rato. "Digamos que diez mil guerrilleros desaparecieron. Si no lo hubiéramos hecho, ¿cuánta gente hubiera muerto en manos de la guerrilla? ¿Cuántos jóvenes se hubieran unido a ellos? Es una barbaridad, pero así es la guerra. En la Segunda Guerra Mundial murieron cincuenta millones de personas, veinticinco millones de los cuales eran civiles. Y ésa fue una guerra limpia. Una guerra limpia."
"Estábamos apoyados por la Iglesia --continuó-. No era que los curas dijeran 'vayan y torturen', pero la Iglesia decía que había dos grupos y que nosotros éramos los que teníamos razón. En enero de 1977, el vicario castrense dijo que teníamos que limpiar el país de guerrilleros. Yo realmente siento que unas Fuerzas Armadas cualesquiera, con un nivel decente de cultura y sentimiento humano, hubieran hecho lo mismo que hicimos nosotros."
Le dije que quería saber algo sobre Astiz.
"Astiz estaba directamente bajo mis órdenes -dijo Jorge-. Todo lo que hizo fueron cosas que yo le ordené que hiciese. Era uno de los más jóvenes, un teniente. Ahora la prensa lo transformó en una combinación de James Bond y Josef Mengele. Pero todo lo que hizo fue siguiendo una orden."

¿Y qué hay sobre las monjas?, dije. ¿Eran terroristas? Sonrió y dejó el cigarrillo. "Sin comentarios", dijo.
¿Dónde están ahora? ¿Están enterradas en algún lugar?-, le pregunté, esperando obtener una respuesta a la pregunta que afligía a Horacio Méndez Carreras, el abogado de las monjas.
"Sin comentarios -dijo nuevamente-. Pero diré que las Madres, cuando comenzaron, tenían conexiones con los grupos terroristas."

¿Y Dagmar Hagelin?

"Dagmar era guerrillera -dijo, Y no era sueca. Su abuelo era sueco. Ella era argentina. Y nunca estuvo en la ESMA. Fue otro grupo de tareas el que se la llevó. Astiz no tuvo nada que ver con ella."
"Yo le pregunto, si hubiésemos sido asesinos salvajes de ese tipo, ¿cómo es que las Fuerzas Armadas mantuvieron en servicio activo a la gente que trabajó en la ESMA y hasta la promovieron posteriormente? ¿Cómo es que fuimos voluntariamente a juicio y algunos de nosotros están en la cárcel? Le pregunto, si Astiz hubiese sido un asesino tan salvaje, ¿la Marina entera lo habría defendido? ¡Si lo fue, entonces todos éramos asesinos como él.!
La Junta finalmente cayó. Pero no fue por una afrenta pública contra la represión ni porque la Junta colapsara bajo el peso de su corrupción ni por el desastre económico en el que hundió a la Argentina. Colapsó porque perdió una guerra. Tratando de distraer la atención de una economía en estado de desintegración, la Junta invadió las Malvinas y las Georgias, dos grupos de islas al sureste de la Argentina que habían sido gobernadas por los británicos desde 1833. Aunque los argentinos disfrutaron las ventajas de la sorpresa y de la proximidad, la invasión fracasó. Murieron cerca de mil personas, 712 de ellas, argentinas.
El ataque sufrió de la típica miopía de una dictadura. El presidente de la Junta, el general Leopoldo Galtieri, creía que a Gran Bretaña, una democracia, le faltaba la resolución necesaria para ganar o siquiera pelear la guerra. La invasión fue llevada a cabo en abril, un momento elegido por su valor político y no militar; había diez grados bajo cero en las Malvinas. Galtieri nunca hubiera esperado que Estados Unidos, que dependía de los argentinos para el entrenamiento de los contras que combatían al gobierno de Nicaragua, se pusiera del lado de Gran Bretaña. Y, ciego al estado de paria internacional en el que se encontraba la Argentina a causa de las violaciones de los derechos humanos, Galtieri estaba convencido de que sus vecinos latinoamericanos se aliarían con la causa. Nunca se preparó para una guerra real. La comisión de las Fuerzas Armadas argentinas que investigó el desastre de las Malvinas, la comisión Rattenbach, escribió más tarde "los soldados tenían un mes de instrucción. Gran Bretaña disfrutaba de una superioridad aérea y de un dominio marítimo total. El ataque fue hecho cuando el jefe de Inteligencia estaba de visita en Estados Unidos. Las decisiones favorecieron el enemigo". Los hombres tenían tan poca comida que algunos tenían que robar para comer. Algunos jamás habían disparado un rifle. Los reclutas del norte tropical eran enviados a las islas en chaquetas livianas. La Argentina, con miedo a que los británicos hundieran su portaaviones, el "25 de Mayo", lo dejaron anclado en el puerto.

Para tomar las Georgias, a setecientas millas al este de las Malvinas, la Marina envió solamente catorce hombres, vestidos con ropas ligeras, armados con rifles automáticos, explosivos y una pistola, comandados por un teniente que había vuelto recientemente de una gira diplomática en Sudáfrica. El teniente era Alfredo Astiz.

La invasión de Astiz a Puerto Leith, una aldea de cazadores de ballenas en las Georgias, fue la continuación de una carrera militar basada en la victoria sobre los que no tenían defensa. Pero cuando los británicos llegaron una semana y media después, con el HMS "Endurance", el HMS "Plymouth", un destructor y seis helicópteros, Astiz se rindió sin disparar un tiro, violando el artículo 751 del Código Militar: "Será condenado a reclusión por tres a cinco años el militar que, combatiendo con un enemigo extranjero, se rinda o capitule sin haber agotado las municiones o perdido dos tercios del efectivo a sus órdenes". Los aviones británicos que sobrevolaban las Malvinas arrojaban panfletos para las tropas argentinas diciendo, "hagan como el capitán* Astiz. Consciente de la superioridad de las fuerzas británicas, se rindió con todos los honores". Una foto de Astiz firmando el documento de rendición en el HMS "Plymouth" fue enviada a todo el mundo. Cuando los gobiernos francés y sueco se dieron cuenta de quién había sido atrapado por los británicos, pidieron la custodia de Astiz, y la Marina británica lo llevó a Inglaterra en calidad de prisionero de guerra de la - primera ministro que él tanto admiraba. La Convención de Ginebra, un documento que por lo menos los británicos tomaban seriamente, establecía que debía volver en los días subsiguientes.

Caído en desgracia, Galtieri renunció y su sucesor, el general Reynaldo Bignone, llamó a elecciones. El candidato peronista perdió frente a Raúl Alfonsín, de la Unión Cívica Radical. Alfonsín era un abogado decente y modesto de una pequeña ciudad, que había enfatizado el tema de los derechos humanos en su campaña. Días después de su victoria, Alfonsín nombró a la comisión que investigaría las violaciones y eventualmente escribiría el Nunca más. Ordenó al Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas que procesara a los nueve líderes de las primeras tres juntas por asesinato, tortura, robo, arresto ilegal y crímenes adicionales. Más tarde, los juicios fueron extendidos a otros oficiales militares. Alfonsín retiró a más de cincuenta generales y recortó el presupuesto de defensa de Argentina en casi un cincuenta por ciento.

Los juicios fueron únicos en la historia mundial. No eran acusaciones como las del estilo de Nuremberg, donde los conquistadores establecieron nuevas reglas con las cuales juzgar a los conquistados. En lugar de eso, los tribunales eran los de un gobierno electo, sometiendo a juicio a miembros de un régimen anterior solamente por actos que eran crímenes en el momento de su comisión, con un respeto total por el debido proceso de la ley.

La decisión de comenzar los juicios en tribunales militares intentaba permitir a los militares limpiar su propia casa. Los juicios estuvieron sujetos a revisión por una corte federal, el Tribunal Federal de Apelaciones, que también podía llamar a nuevos testigos. Si después de seis meses el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas no completaba sus audiencias, el caso debía trasladarse a las cortes civiles.

Los militares no mostraron interés en limpiar su propia casa. El Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas no había procesado a los miembros de las juntas, y el caso fue derivado al Tribunal Federal Superior de Apelaciones de Buenos Aires el 22 de abril de 1985, y duró seis meses frente a jueces nombrados bajo el gobiemo militar. Los pasillos de los Tribunales siempre estaban llenos, con las cámaras televisando los procedimientos; se publicaba semanalmente un libro textual del juicio.

Los miembros de la Junta declinaron su cooperación, presenciando sus juicios sólo cuando se les requería. Por primera vez en sus carreras ellos y sus abogados mostraban una preocupación meticulosa por el debido proceso. El discurso de diecisiete minutos que el almirante Massera pronunció para su defensa, escrito y leído con su habitual jactancia y elocuencia, resumía la actitud de la Junta. "No vine aquí a defenderme'?, comenzó. "Nadie necesita defenderse por haber ganado una guerra justa." Massera dijo que si se hubiese perdido la guerra "ninguno de nosotros -estaría aquí", porque las instituciones judiciales habrían sido reemplazadas por tribunales populares. Los generales han "ganado la guerra de las armas, pero perdido la guerra psicológica", dijo. Aquellos que habían perdido la guerra estaban ahora acusando a los vencedores y querían aplicar "los derechos humanos" sólo con los terroristas.

El 9 de diciembre de 1985, la corte entregó su opinión. Cientos de páginas después, el veredicto absolvía a cuatro de los acusados y condenaba a cinco, sentenciando a Videla y a Massera, que habían dirigido el Ejército y la Marina durante los peores años de la represión, a cadena perpetua. Videla fue hallado culpable de dieciséis casos de hómicidio agravados por el estado de indefensión de la víctima, cincuenta casos de homicidio agravados por comisión de un grupo de tres o más de tres personas, trescientos seis casos de falsos arrestos agravados, noventa y tres de tortura, cuatro de tortura seguida de muerte, y veintiséis de robo. La lista de los crímenes de Massera era similar.

Al mismo tiempo bs tribunales abrieron la posibilidad de litigios privados contra oficiales militares. Uno de los primeros fue el litigio contra Astiz que llevó adelante Ragnar Hagelin, el padre de Dagmar. El Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas ganó el derecho de procesar el caso. "No participé en ningún arresto de una mujer en una calle pública", testificó Astiz. Dijo que se enteró del caso de Dagmar "a través de los diarios". Nunca había escuchado el nombre de los prisioneros que el fiscal le fue nombrando, y no sabía lo que era "La Pecera" en la ESMA.

"¿Está usted afectado por la campaña periodística en su contra?", le preguntó el fiscal, siempre sondeando.

"Profundamente -replicó Astiz, Socialmente, he sido repudiado en varios círculos. Ni siquiera pude visitar a mis padres en Mar del Plata."

Después, el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas declaró a Astiz inocente, porque nadie puede ser juzgado dos veces por el mismo crimen, anunciando, para sorpresa de Hagelin, que Astiz ya había sido procesado -en tribunales militares secretos en 198 1- y declarado inocente por falta de evidencia.

Más tarde, el juicio de Astiz se trasladó a la Cámara Federal de Apelaciones. Astiz intentó sabotear el juicio presentándose en el careo con uniforme militar. Pero el juicio prosiguió. La corte lo encontró responsable por el arresto ilegal de Dagmar

Hagelin (se negó la presunción de su muerte y por eso no fue juzgado por asesinato), pero estableció que el estatuto de limitaciones, se, había agotado en el caso.
Mientras tanto, Astiz también era procesado como parte de las. acusaciones generales por su participación en los crímenes de la ESMA. Los oficiales de la ESMA estuvieron de acuerdo en testificar en los juicios, pero su memoria colectiva era pobre. El Tigre testificó sobre la ESMA: "No hubo lo que se podrían llamar detenciones. Era como si alguien fuera a la comisaría y le preguntaran, '¿esto es lo que hizo?". Si decía que no había hecho nada... podía irse".
Los juicios militares aún contenían momentos inspirados. Uno de ellos fue este fragmento de testimonio: "Un soldado siempre sigue órdenes: pero un oficial es un gentleman tanto como un soldado, y si siempre se refugia en la obediencia debida, estaría traicionando la confianza que la Nación deposita en él cuando se le confían las cosas más preciadas: el cuidado de su país, de sus tradiciones y de la sangre de sus hijos". Estas palabras -extraídas del juicio militar de Astiz del 21 de abril de 1986- no fueron dichas por el fiscal sino por el mismo Astiz. Pero, comportándose como siempre, el buen marino siguió diciendo: "Me siento libre en mi conciencia profesional, dado que mis superiores, que constituyen la institución, nunca me sancionaron por las cosas que hoy se cuestionan".
El tribunal militar dejó los casos de la ESMA, entre otros, en diciembre de 1986, y éstos fueron trasladados a los tribunales civiles. Otra vez, el Tigre Acosta comenzó su testimonio diciendo "no tengo conocimiento de que hubiera prisioneros en la Escuela de Mecánica".
Mientras tanto, dentro de las Fuerzas Armadas ocurrían movimientos que eventualmente pondrían fin al proceso. Durante el juicio de Astiz por la detención de Dagmar Hagelin, el alto comando de la Marina avisó a Alfonsín que los oficiales estaban amenazando con una revuelta en caso de que Astiz fuese condenado. Muchos oficiales veían a Astiz como el símbolo del joven oficial de la Marina, que había luchado valientemente en la ESMA y, acerca de su rendición en las Georgias del Sur, bueno, a Astiz simplemente lo habían dejado solo. ¿Catorce hombres para tornar una isla entera? Los militares estaban enfrentando la posibilidad de años de juicios públicos manchando su buen nombre y honor. Creció la presión sobre Alfonsín, que era consciente de la historia de golpes de su país. En diciembre de 1986 propuso la Ley de Punto Final, que estipulaba que todos los casos requerían presentaciones de acusaciones criminales y llamados a los acusados antes del 22 de febrero de 1987, o sea, sesenta días después. Cualquier caso no presentado para esa fecha sería improcedente.
La Ley de Punto Final significaba una afrenta para la izquierda, pero hizo poco para apaciguar a los militares. Hacia el fin de los sesenta días, más de trescientos casos todavía estaban legalmente en proceso. Cuando un mayor, Ernesto Barreiro, se negó a ser juzgado en una corte civil, cerca de cuatrocientos militares se rebelaron en su apoyo durante la Semana Santa de 1987. Los soldados tomaron tres bases en nueve días en Córdoba, el Gran Buenos Aires y Salta.
Argentina reaccionó con vehemencia. Cerca de medio millón de personas se reunieron en Plaza de Mayo para apoyar a Alfonsín, y cincuenta mil civiles rodearon los campamentos de los militares rebeldes. Se rindieron. Pero el mensaje de los militares quedó clarísimo. Tres días más tarde la Corte Suprema

de Justicia suspendió el juicio de setenta oficiales de la ESMA. Un mes después de los levantamientos de Semana Santa, el 13 de mayo de 1987, Alfonsín pidió al Congreso que adoptara la Ley de Obediencia Debida, que terminaba con las acusaciones para oficiales con el grado de teniente coronel o cualquier otro inferior, quienes, decía, sólo habían seguido órdenes. En efecto, la ley benefició con una amnistía a casi todos los oficiales en servicio activo. Una versión aún más ampliada de la ley fue puesta en vigor el 5 de junio. Los juicios podían proseguir de allí en más para cerca de ochenta oficiales retirados y dos en servicio activo. Y Horacio Méndez Carreras incendió sus fotos de Astiz.

Astiz, absuelto por los tribunales militares secretos en 1981 en la causa del secuestro de Dagmar Hagelin, se convirtió en el único oficial por debajo del rango de general que fue encontrado inocente en la guerra sucia. Juan Gauna, secretario de Defensa de Alfonsín -un escalón inferior del ministro de Defensa---, es un hombre de cara lúgubre con bolsas permanentes debajo de sus ojos. Cuando lo entrevisté en 1988 en su oficina, dominada por una gran cruz, ya había tratado con dos rebeliones militares -una tercera se estaba acercando- y las dos leyes que marcaron el retroceso de Alfonsín en la cuestión de los juicios. "El peligro de golpe clásico no existía ---dijo- Pero el sistema padecía muchos problemas latentes que podían crecer hasta convertirse en un quiebre completo, una batalla entre civiles y militares. Eso sería desobediencia general, y un gobierno sin el poder de poner todo nuevamente en vereda. Eso es anarquía."

Y prosiguió: "Los militares se sintieron castigados. Están permanentemente a la defensiva. No tiene sentido tener el país entero dividido. Tenemos que preservar las instituciones del país".

Gauna creía que la Ley de Obediencia Debida había resuelto el problema. "Antes de este gobierno este ministerio era un títere de las Fuerzas Armadas. Ahora es al revés; nosotros damos las órdenes." Sonrió débilmente. No se veía como el hombre que daba órdenes.

El problema militar no había sido resuelto. Alfonsín, que técnicamente era el comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, se negó a aprobar el ascenso de Astiz. La Marina amenazó con una revuelta si no se le acordaba ese ascenso. Se llegó a un acuerdo: Alfonsín aceptó ascenderlo, pero luego sería retirado del servicio activo. El 23 de diciembre de 1987, Astiz se convirtió en teniente de corbeta. Pero la Marina no lo retiró.

En enero de 1988 hubo otro levantamiento. Fue derrotado. Once meses después hubo otro. Los rebeldes se rindieron al día siguiente a las tropas leales a Alfonsín.

Las rebeliones se fueron calmando a medida que los núlitares encontraban menos cosas contra las cuales rebelarse. Los comandantes de la Junta todavía estaban en la cárcel -si es que lujosos cottages de cuatro ambientes con jardineros, cocineros, valets, teléfono, y privilegios de visita podían ser considerados como una cárcel-. Su libertad de movimiento estaba nominalmente restringida, pero en cualquier momento en que Massera o Videla tuvieran ganas de salir, sólo tenían que requerir un tratamiento médico en un hospital de Buenos Aires. En 1989, los diarios publicaron fotos de Massera caminando sin custodia por las calles de Buenos Aires.

Poco a poco, hasta el patético remanente del triunfo de la ley fue cayendo. En octubre de 1989, el sucesor de Alfonsín, Carlos Menem, que había pasado la

prisión bajo la Junta, perdonó a treinta y nueve oficiales militares condenados por violaciones a los derechos humanos, a ciento setenta y cuatro oficiales militares involucrados en los levantamientos, algunos de los cuales habían sido condenados por el fracaso de las Malvinas, y a sesenta y cuatro montoneros. Sólo seis militares -incluyendo a Massera y a Videla- y Firmenich estaban todavía en prisión, y Menem los perdonó el 29 de diciembre de 1990. Videla dijo luego de su liberación que su único crimen fue "defender a la Nación contra la agresión subversiva y prevenir el establecimiento de un régimen totalitario". Ni siquiera el perdón fue la "reivindicación total" que sentía merecer. En diciembre de 1990, un día antes de que George Bush llegara a Argentina durante su gira sudamericana, con Menem prometiendo la inminencia de un perdón, hubo otra rebelión.

Los militares argentinos de la post Junta son los ex jóvenes oficiales de la guerra sucia y de las Malvinas. Muchos de ellos retienen la ideología de la guerra sucia, pero ahora se sienten todavía más aislados respecto de sus compatriotas, que parecen desagradecidos hacia los sacrificios de los militares. El concepto del honor militar -"El honor es la riqueza más grande que puede poseer un militar: mantenerlo sin mancha es el deber más sagrado de todo miembro de las Fuerzas Armadas", declaró una ley de 1983 del entonces presidente Bignone- se ha convertido en una idea flotando en el espacio, disociada del comportamiento correcto o de la victoria en el campo de batalla. Es un fin en sí mismo. Una fuerza militar que llevó a la Argentina a la censura mundial por su brutalidad, por su ruina económica y por su decisión de empezar una guerra ridícula sostenida con una incompe tencia grotesca demanda ser honrada, simplemente, por existir.

Trece años después del comienzo de la guerra sucia, la Escuela de Mecánica de la Armada continúa ensombreciendo las vidas de los hombres y mujeres que la habitaron. Las conversaciones con los prisioneros de entonces están teñidas de culpa, no necesariamente porque hayan hablado bajo tortura sino simplemente por haber sobrevivido. "No delaté a nadie" me dijo tres veces Graciela Daleo, la montonera más dura, en nuestra primera entrevista.

"Hace sólo un año que pude liberarme de la ESMA", dijo Elisa Tokar, que había abandonado físicamente la ESMA once años antes. "Todavía me sentía secuestrada. Me sentía tan culpable como los secuestradores, porque había vivido. Sentía que debe haber una razón. No delaté a nadie, pero hasta tipiar era traición.

Podría haber dicho, 'no voy a tipiar para usted'. No puedo juzgar a nadie. Solía ser muy rígida con la gente que colaboró. Conozco un hombre que delató a cuatro personas sin siquiera haber sido torturado. Ahora no puedo juzgarlo. No sé cuál era su situación.

Quizá yo hubiera hecho lo mismo' "

Una noche tarde fui a un café de Buenos Aires para encontrarme con otra ex prisionera, una mujer que se había sentido demasiado débil para testificar en los juicios. "Hablé bajo tortura", dijo. Estaba doblando su servilleta. "Nunca he hablado de esto antes. Me torturaron, y yo les di los nombres de otra familia. Me dijeron que iban a visitar a la familia, sólo para hablar. Luego volvieron. Mi torturador vino, y le pregunté qué había pasado. Me miró y me dijo 'el hombre está muerto. Se tomó su pastilla de cianuro y murió'. Empecé a llorar. El también estaba llorando, nosotros dos, solos, llorando. Me dijo 'mirá, no es tu culpa. Todo es mi culpa.

Obtuve la información de vos torturándote, y lo planeamos mal. Es mi culpa'. Después me llevó a un bar, y los dos nos emborrachamos."
¿Y qué pasó con otros sobrevivientes de la ESMA? Muchos de los hombres de las Fuerzas Armadas no hubieran querido torturar. Lo hicieron porque arriesgaban sus carreras y, a veces, sus vidas, si se negaban. Pero torturar no es lo mismo que presionar un botón de un mis¡¡. Un torturador debe mirar a su víctima a los ojos y escucharla gritar. Tiene que hacerla gritar. La víctima de la tortura no es la única con heridas.
"Una vez, vi a Scheller excitado de tanto torturar -me dijo una ex prisionera, Nilda Actis, hablando de su torturador---. Estaba como poseído por la Luna. Estaba caminando por el hall gritando, pateando puertas, gritándonos." Pero ese animal rabioso tenía otro costado. "Cerca de un mes después de que fuera capturada estábamos hablando -dijo Actis-. Me había preguntado sobre mi vida, y yo se la estaba contando. Me interrumpió y me dijo 'algún día te voy a pedir perdón por lo que te hice'. Le dije que nunca lo perdonaría y que él nunca me pediría ser perdonado porque estaba convencido de que lo que estaba haciendo estaba bien y que continuaría haciéndolo. "
Los torturadores franceses en Argelia fueron los hombres que más tarde organizaron actos de terrorismo y trataron de asesinar a Charles de Gaulle y derrocar a su gobierno. Raúl Vilariño, el cabo que se arrepintió en las páginas de la revista La Semana, le contó a su entrevistador:
"Si nunca le deja ver sangre caliente, el animal es casi doméstico. ¿Qué pasa con una persona, de todas esas que se acostumbraron a sentir sangre? ¿De qué trabajan ahora? ¿Promotores de ventas de inmuebles?".
Traté de rastrear a Vilariño. El último hombre que lo había entrevistado dijo que había estado entrando y saliendo de la cárcel por fraude en tarjetas de crédito y que no podía pagar sus cuentas. Llamé a su familia en Coronel Suárez, una ciudad de las pampas. Habían pasado años, dijeron, desde que la última vez que habían escuchado algo sobre él.
Jorge Ácosta, el Tigre, había sido deshonorablemente destituido de la Marina. Habiendo perdido el foco para sus energías que el grupo de tareas le daba, se había convertido en alguien salvaje y tuvo problemas de disciplina. El desenlace llegó cuando posó para una foto de una revista con una modelo que llevaba su gorra de uniforme. También fue procesado por fraude bancario.
Estos hombres se destruyeron a sí mismos. Fue el destino de Vilariño, porque se había juzgado a sí mismo y se había encontrado culpable. Fue el destino de Acosta, un psicópata, porque no pudo juzgarse del todo a sí mismo. Los hombres que pudieron crear otra ESMA no eran estos hombres sino quienes habían alcanzado un veredicto distinto sobre sí mismos: los "enemigos valiosos", los hombres que no habían violado ni robado ni torturado sino que simplemente habían luchado por sus creencias.
"Me siento libre en mi conciencia profesional", había dicho Astiz en su juicio. ¿Era verdad? Este hombre, que había cazado a sus víctimas en las calles de Buenos Aires y que todavía las cazaba en sus sueños, ¿se cazó a sí mismo? Este hombre, que había llevado a cientos a la mesa de tortura, ¿se torturó a sí mismo?
Astiz había ido a visitar a Dagmar Hagelin después de haberle disparado. Me lo dijeron los prisioneros que presenciaron el encuentro y me lo dijo Pilar, su amiga

de la adolescencia, que lo había escuchado de él mismo. Hagelin estaba en una silla de ruedas, con la cabeza vendada. "Soy el que te disparó", le dijo. Tratando de hacer conversación, notó que tenían rasgos nórdicos en común. Le dijo que la había confundido con otra persona. Le pidió perdón. Si ella lo entendió, no se sabe.

Cuando todavía usaba el nombre de Gustavo Niño, había vuelto a ver a las Madres de Plaza de Mayo una semana después de haber participado en su secuestro.---Tengo que hablar con ustedes", había susurrado urgiéndolas desde las sombras. ¿Qué les iba a decir?

Astiz había dicho, por medio de su amigo Jorge Sgavetti, que no hablaría conmigo. Yo sabía que nunca había hablado con los periodistas. Pero quería al menos verlo, tenía la esperanza de sacar algunos indicios de quién era, aun de un breve encuentro.

Sgavetti me dijo que Astiz venía a Buenos Aires los fines de semana para ver a su novia. Fui al aeropuerto de Ezeiza un día frío de agosto para encontrar los vuelos de la Marina que venían de Puerto Be1grano. Cinco minutos después de que me sentara en el sillón del aeropuerto, aterrizó un avión de la Marina, y Astiz salió y caminó hacia la puerta. Era más petiso de lo que esperaba, y su cabello era rubio como la arena. Llevaba un blazer, camisa y corbata azul. Lo reconocí inmediatamente. Caminé hacia él y dije "Señor Capitán", y se detuvo. Después de que le explicara por qué quería hablar con él, me dijo que no podía hablar conmigo, que era un oficial militar en servicio activo y que no estaba autorizado para hablar sin permiso, un permiso que los dos sabíamos que no le sería dado.

Fue amable, muy cortés; su sonrisa era deslumbrante. Su cara, aunque con la edad de 39 años, era la de un chico angelical.---Le deseo suerte, señorita, pero éstas son las reglas del juego", dijo, y Alfredo Astiz siempre había seguido las reglas. Sus pesadillas privadas seguirían cerradas a mí.

Pero no importó; lo poco que vi fue suficiente. Cuando nuestra conversación terminó, Astiz se volvió hacia otro oficial. Ambos estaban hablando, y Astiz -se rió, con la cabeza inclinada y sus dientes brillando mientras caminaba, igual que en las fotos de los diarios. Su risa era burlona, victoriosa, la risa de un hombre que sabía que caminaría en libertad por el resto de sus días.